





BERROCAL
LIBROS ANTIGUOS



Cervantes, 22 - Bajo Interior Izda.
28014 - MADRID

Tlf.: (91) 429 84 23 Fax: (91) 420 18 16
(visitas previa cita)



Cartones amarillos

Plegos



HISTORIA

VERDADERA Y FIDEL

DEL CID CAMPEADOR,

DE RODRIGO DÍAZ DE VIVAR

SEGUNDA DE LAS MÁS INNOVACIONES DE LA

LIBRERÍA DE ESPAÑA

Escuela de la Universidad de Madrid, por el Sr. D. Juan de la Cruz

Escuela de la Universidad de Madrid, por el Sr. D. Juan de la Cruz

Escuela de la Universidad de Madrid, por el Sr. D. Juan de la Cruz

Pliegos 10.



HISTORIA

VERDADERA , Y FAMOSA

DEL CID CAMPEADOR,

D. RODRIGO DIAZ DE VIVAR.

SACADA DE LOS MAS INSIGNES HISTORIADORES de España.

Corregida de muchos yerros en esta última impresion.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de D. Rafael García Rodríguez, Calle de la Librería.

[1790]

Pagos 10.



HISTORIA

VERDADERA, Y FAMOSA

DEL CID CAMPEADOR,

D. RODRIGO DÍAZ DE VIVAR.

SACADA DE LOS MAS ANTIGUOS HISTO-

riadores de España.

Corregida de muchas veces en esta última impresión.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de D. Rafael

García Rodríguez, Calle de la Libertad.



24521.2

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento y crianza del Cid. Varias Batallas en que se halló de jóven , y lo que ejecutó en la muerte alevosa que dieron á el Rey Don Sancho.

Tubo su esclarecido origen nuestro Cid Campeador , Don Rodrigo Diaz de Vivar , del tronco ilustre , y Linage honroso de Lain Calvo , Juez primero de Castilla , que baxando su descendencia de tan clarificada rama al nobilísimo varon Don Diego de Laynez , padre del Cid , tubo este por hijo á nuestro Don Rodrigo Diaz de Vivar , que por ser Señor de la Villa de Vivar dos leguas de la Imperial Ciudad de Burgos , fue llamado de esta manera : y asimismo fue llamado Cid , que es lo mismo que Batallador , y Campeador , por las muchas Batallas que ganó á los Moros. Quando murió el padre de este insigne Heroe Don Diego Laynez , llevó para su Palacio el Rey Don Sancho de Castilla á Rodrigo Diaz de Vivar , crióle , y le hizo Caballero , armandole al estilo de aquellos tiempos.

Llevóle consigo el Rey á Zaragoza ; y quando Don Sancho lidió en Grados con el Rey Don Ramo , en aquella insigne batalla empezó nuestro Cid á demostrar su valor y arrogancia sobre las armas ; pues

hizo en aquella lid tales proezas y hazañas , que admiró á todos los Caballeros que le acompañaban , y al Rey Don Sancho le enamoró tanto su bizarría y gentileza , que volviéndose con él á Castilla ; fue con demasia lo que le amó y houró ; y así le concedió luego que llegó el honorífico titulo de Alferez , lo qual sirvió de incentivo , para que el gallardo mancebo de alli adelante se esforzase mas , y mas en las Vánderas de Marte.

Hizo al lado de su Rey Don Sancho tales hazañas en su juventud nuestro ilustre Campeador , que admiran y pasman á todos , porque quando este Rey lidió con el Rey Don Garcia su hermano , en aquella celebre batalla de San Aren , viendo que en lo mas esforzado de la pelea habian cogido preso á su Rey , y que Don Garcia le llevaba maniatado , cogió una corta partida de Soldados , y con ella fue en su seguimiento , y habiendose encontrado con la gran comitiva , y resguardo empezó á chocar con todos , y cayendo alli unos , y dexando caer á otros , no paró hasta dexar á su Rey y Señor libre de los que le llevaban , y traerse consigo preso al Rey Don Garcia , que era el que le habia prendido. O qué accion tan heroyca , y digna de entallarse en laminas de bronce ! No se singularizó menos nuestro Cid quando peleó dicho Rey Don Sancho en la batalla de Golpillera , cerca de Carrion , con Don Alfonso su hermano ; pues segun todas las Historias refieren , el que mas se especificó fue Don

Rodrigo Diaz de Vivar. Pero sobre todo en aquella ocasion , en que el Rey Don Sancho cercó á su hermana en Zamora , como diré , segun lo refiere un Autor llamado el Padre Fray Juan Gil Zambrense.

Bellido Delfos , viendo que Arias Gonzalo discurria en sacar á la Infanta Doña Urraca de Zamora , y llevarla á Toledo , halló modo de poder entrar á graogear la voluntad de esta Princesa , y explicarse mas fino que Arias Gonzalo. Entró Bellido Delfos á hablar á la Infanta Doña Urraca , y la aseguró , que él solo dispondria como D. Sancho descercase la Ciudad. La buena Señora le dió licencia , para que se aprovechase de su industria : pero advirtióle , que no se valiese de medios que dicta la alevosia. Explicóse primero Bellido Delfos contrario á la determinacion de Arias Gonzalo , y discurrió como provocar á los hijos , que salieron tras él , pero como ya lo tenia tramado , salió de la Ciudad antes que le pudiesen alcanzar por tener él ya prevenidas las Guardas de las puertas , que á nó ser asi le hubieran muerto , porque le siguieron por lo que les habia dicho. Llegó á la tienda del Rey Don Sancho muy fatigado , á quien engañó con buenas palabras diciendole habia salido de la Ciudad , y del servicio de la Infanta , por haberse contrapuesto á lo que Arias Gonzalo y sus hijos determinaban hacer con Doña Urraca de llevarla á Toledo.

El buen Rey le creyó , aunque repetidas veces los de Zamora le procuraron desengañar. Don Sancho

le agasajó, y le ofreció honrado premio si le cumplia la palabra de ponerle en parage de ganar la Ciudad de Zamora. Una tarde estando con el Rey, le dixo: Señor, si os parece esta tarde podíamos los dos solos pasar á registrar los muros, y enseñaré á V. M. el postigo que llaman de la Reyna, por donde entrando una noche con cien Caballeros podremos apoderarnos de la Ciudad. Dando la vuelta los muros el Rey se vió precisado de una necesidad natural, y desmontando del caballo dió el venablo á Bellido Delfos, retirándose á la parte mas oculta, cerca de la Ermita de Santiago. Bellido acercándose como traidor le atravesó de parte á parte, de modo, que entrando el venablo por los riñones, apuntó á salir por los pechos, segun dice la Historia del Monasterio de Oña donde fue enterrado por deposicion de los que vieron el cuerpo entero quando le sacaron de la primera sepultura, que estaba á la puerta de la Iglesia.

Entonces Bellido Delfos, montando en su caballo, y picándole á rienda suelta, comenzó á huir ácia la Ciudad. Advirtió el Cid de lejos la fuga arrebatada, y con la sospecha que ya de él tenía comenzó á tener recelos de que habia ejecutado alguna traicion. Montó el Cid pronto en su caballo desprevenido de espuelas, y fue en su seguimiento. Viendo que no podia darle alcance, dixo: *O mal haya Caballero, que sin espuelas cavalga.* No obstante arrojóle la lanza y le alcanzó á herir al entrar por el postigo. Acudió el Cid

donde habia quedado el Rey, y al ver que estaba muy mal herido, intentó una y otra vez volver á Zamora, y entrar por lanzas de los Zamoranos hasta matar al alevoso; pero los Condes amigos le detuvieron, viendo que su persona corria peligro, y como á lo hecho ya no habia remedio, y convenia asistiese á la persona Real en aquel trance tan lastimoso, en que bien dispuesto, y con grande arrepentimiento de sus culpas, entregó su Alma á su Criador.

Dió lugar el fracaso á que hiciese Testamento y se mandó enterrar en el Real y magnifico Monasterio de San Salvador de Oña, de Monges Benedictinos, al qual dotó en grande manera. Pidió perdon á sus hermanos delante de los Condes y Prelados, y les encargó, que suplicasen al Rey Don Alonso su hermano, que atendiese al Cid, y que considerase, que quanto habia executado, provenia de la grande lealtad que profesaba á su Rey, y así que estuviese cierto, que con la misma serviria al Señor, que tuviese: Verdaderamente, que si D. Sancho hubiera tomado los consejos del prudente Campeón el Cid, no se hubiera visto en aquel conflicto infausto, pues claramente se desengañó del buen exito de aquella empresa de querer echar de Zamora á su hermana Doña Urraca; pero este desengaño le costó á nuestro Don Rodrigo Diaz de Vivar una grande desazon, pues el Rey le desterró, no obstante que le levantó luego el destierro, como persona que tanta falta hacia. El caso aconteció de esta manera.

CAPITULO II.

Primer destierro del Cid, y desafio con el Conde de Gormaz, Batalla que venció el Cid en Atienza, librase de una traicion, y un caso prodigioso que le sucedió en el camino con un Pobre.

Viendo el Rey Don Sancho la resistencia de su hermana en no quererle ceder la Ciudad de Zamora, para lo qual la daba otras posesiones, determinó por su persona registrar los muros; y advirtiendo, y reconociendo, que no podia tomar la Ciudad sin pérdida de mucha gente, deliberó enviar al Cid para que persuadiese á Doña Urraca la cambiase á Zamora por otros Lugares esentos de los temores de las correrias de los Moros; y que si no venia en este Tratado, la asegurase, que la quitaria la Ciudad por fuerza. El Cid advertido, y prudente, como tambien por la mucha estimacion, que hacia de Doña Urraca, procuró escusarse diciendo: *No ignora V. M. las muchas atenciones, con que debo respetar á la Infanta vuestra hermana. Otros Caballeros hay, que pueden cumplir muy bien con vuestras ordenes.* El Rey respondió, que eran mayores las obligaciones con que debia mirar á su Señor, pues le habia constituido en la mayor dignidad de su Palacio, y que le habia dado mas de lo que importaba un Condado, en que le habia satisfecho muy bien sus servicios. Añadió, que habia puesto en

su persona los ojos ; porque esperaba de su grande lealtad , prudencia y afecto , que le tenia su hermana , que lo compondria de modo , que no se veria obligado á llegar al extremo de tomar las armas.

Precisado el Cid , salió á executar la Embada , y dixo á Doña Urraca : » Señora , el mensagero no obra por sí , debese atender al caracter que trae , y en él no se debe mirar otro respeto que el de la obediencia , en que no cabe culpa , y asi Señora diré con vuestro permiso el encargo que vuestro hermano , y mi Rey ha mandado os represente de su parte , que se reduce á que vos , Señora , le deis la Ciudad de Zamora , que S. M. entregará por ella á Medina de Rioseco con el Infantazgo , desde Villalpando hasta Valladolid , y el Castillo de Tiedra afianzando con juramento de doce Caballeros , de que jamás contravendrá al trato. » Oyó la Infanta al Cid con pesar de que Rodrigo Diaz hubiese sido el instrumento de pena tan crecida. Satisfizo el Cid á las quejas en quanto daba lugar al sentimiento.

La Infanta Doña Urraca á persuacion de Arias Gorzalo , dio orden , para que se juntasen los principales de la Ciudad , para proponer en la Junta la Embaxada que habia recibido de su hermano el Rey Don Sancho. El Conde Don Naño Alvarez se levantó , y dixo , que por ningun modo debia ferirse la Ciudad , á quien siguieron los demás Señores , y á una voz respondieron ; que estaban prontos á defender á su Señora , y á sus Estados con sus vidas. El Cid , que se halló

en la Junta , se alegró mucho de la resolución de los Zamoranos , y se hubiera quedado en servicio de la Infanta si no hubiera jurado la obediencia á Don Sancho. Doña Urraca dixo al Cid : Rodrigo Diaz ya habeis oido mi dictamen , y el de mis vasallos. Bien sabeis , que os criasteis en los Palacios de mis padres; que estubisteis á la educacion de Arias Gonzalo ; y que fuisteis parte para que mi padre me dexase esta Ciudad : y asi os encargo hagais los buenos oficios con mi hermano , para que desista de su pretension ; y si no pudiereis disuadirle , decid lo que habeis oido.

Con esto se despidió el Cid , volviéndose al campo , hizo relacion al Rey de la resolución en que estaban los Zamoranos. Preguntó D. Sancho al Cid : qué era lo que le parecia, y qué resolución seria mas conveniente tomar? Respondió , que le parecia mas conveniente , que su Magestad desistiese del intento ; porque era el fin dudoso, y cierta la pérdida de muchos Soldados , que podian emplearse en hacer guerra á los Moros , y en extender los dominios de la Ley Evangelica , y quando llegase á tomar la Ciudad , no habia adquirido gloria en haber rendido á una muger.

Oido el dictamen del Cid , se desagradó mucho el Rey , y llegó el enfado á tanto , que por presumirle inclinado al partido de Doña Urraca le dixo : » que no necesitaba vasallos que le gobernasen ; y así , que dentro de nueve dias saliese de sus Reynos. » El Cid dióse por sentido ; y como las palabras cayeron en corazon

sobre inocente , constante , fuese á su tienda convocó á sus parientes y amigos , contóles lo que le habia pasado con el Rey , y les dixo , que estaba resuelto á marchar á Toledo , donde estaba Don Alonso. Todos sus aliados aprobaron su resolucion ; y habiéndose juntado mil y doscientos caballeros , llegó aquella noche á Castro Nuño , cerca de Toro. Quando los Condes Castellanos supieron , que el Cid marchaba desterrado con los de su partido , pasaron á estar con el Rey , y le representaron , que advirtiese lo que hacia en desapropiarse de un caballero á quien debia la Corona, porque podia temer que el Rey Don Alonso con la ayuda del Cid volviese á recobrar la Corona de Leon.

Conoció Don Sancho el yerro , y para soltarle mandó á D. Diego Ordoñez , que fuese en su alcance, y que procurase desenajarle , ofreciendo de su parte decorosa satisfaccion. Partió luego D. Diego , y alcanzó al Cid entre Castro Nuño , y Medina del Campo. Recibiendole el Cid con buen semblante , le preguntó, que á donde se enderezaba su jornada? Don Diego respondió , que no á otra parte , que á verse con su persona , y á decirle de parte del Rey , que volviese á su campo , y que le prometia la extension de sus Estados , y la conservacion en el primer oficio de Palacio. Consultó el Cid con sus amigos , qué era lo que le convenia hacer? Y todos á una voz fueron de sentir , que diesen la vuelta para el campo. Con esto Don Diego volvió luego á dar aviso al Rey , de que se alegró tan-

to, que le salió á recibir con demostraciones de mucho gozo y contento. Los Zamoranos no se alegraron mucho con esta vuelta del Cid; porque habia cobrado tanto cuerpo sin fama, que se estaba en juicio, que al brazo del Cid estaban vinculadas las victorias.

Luego que llegó el Cid al Campo de Zamora puso el Rey D. Sancho cerco á la Ciudad, y la empezó á combatir; y un dia andando Rodrigo Diaz con solo su escudero cerca de los muros, se determinaron salir á él catorce Caballeros: hizoles frente, y acometiendoles con su valor dexó á sus pies cuatro, y obligó á los demas á que huyesen. Luego de alli á poco sucedió el desastre que llevamos referido del Rey Don Sancho quando le mató el traidor Bellido Delfos.

Mas volviendo á otras muchas hazañas que este Heroe Campeador executó, no son menos otras, que se hallan en su Historia, y en la General; porque habiendo tenido ciertas diferencias con Don Gomez, Conde de Gormaz, se desafiaron los dos Caballeros, y habiendo salido al campo segun el estilo de aquellos tiempos, pues las mas de las lides, y controversias se decidian con desafios, en este salió victorioso el Cid, dexando alli muerto al Conde. Por este mismo tiempo aconteció, que los Moros Gobernadores de las Fronteras, que en aquellos siglos se intitulaban Reyes, entraron por tierra de Lara, y llegaron á los montes de Oca, donde hicieron grandes presas de cautivos, y de ganados. Noticioso el Cid juntó quantos Soldados pu-

do, y les salió al encuentro. Desbaratóles, y trajo cautivos á los quatro Reyes á su Señorío de Vivar, á los quales dió libertad á instancias de Doña Teresa su madre, habiendoles tomado primero juramento de vasallage, y de que le pagasen tributo. La presa que llevaban los Moros hizo el Cid que fuese restituida á sus dueños.

Despues de estas refriegas, Rodrigo de Vivar determinó ir á visitar el Sepulcro del Santo Apostol Santiago en compañía de veinte Caballeros amigos, en cuyo camino, le aconteció un caso maravilloso, nacido de su mucha piedad y caridad. Acaecióle, pues, que yendo caminando llegó á un paraje, don le encontró un pobre leproso estancado en un lodazal, que á grandes voces pedia á los transitantes que le favoreciesen. Compadecido el Cid Campeador de aquel afligido y miserable se apeó del caballo; y dandole la mano, le sacó del atolladero, y le puso á las ancas de su caballo. O noble y católica piedad! No paró aquí su clemencia y caridad; porque habiendole llevado á la posada, le mandó limpiar, y dió orden, que le pudiesen en su quarto, y al tiempo de cenar le sentó á su mesa, y á su lado instandole con mucho cariño á que comiese; haciendole el mismo los platos. Los demas compañeros que esto veían se desabrian demasiado, y llegaron á hacer del pobre, y de lo que el Cid executaba, grandes ascos. Aun no estuvo en esto solo la gran compasion y caridad del piadoso Rodrigo.

Diaz de Vivar, porque dispuso se hiciese una gran cama con ropas muy limpias, y preciosas, y habiendo desnudado al pobre leproso, le metió en la cama, y luego se acostó con él.

Quedóse luego dormido el Cid, y á breve rato sintió entre sueños, que un grande aliento habia atravesado su pecho. Despertó despavorido, vióse sin el pobre en la cama, congojose mucho, y saltó de ella al punto á buscarle por toda la posada con sus criados y luces; pero no habiendole hallado, se volvió muy desconsolado á su cama. Despidió á sus criados para que se fuesen á reposar, mandando que le dexasen la luz encendida. Hallabase ya solo, entrando en consideracion de lo que le habia sucedido: á este mismo tiempo se le apareció un hombre de bueno y venerable aspecto con vestiduras resplandecientes, que despedian de si un olor suavísimo, y de los Cielos, el qual le dixo: «Yo soy Lazaro, amigo mio, el mismo con quien executaste la caridad de haberme sacado del barranco, y de haberme regalado, y dado tu cama. Vuelvo á pagarte tanta caridad, y afectos de compasion, y á decirte que en premio de haberte vencido á ti mismo con tantos extremos de misericordia, Dios te concede, y dice que serán muchos los reencuentros que tendrás con tus enemigos; pero de todos ellos saldrás victorioso, y en especial estarás cierto que triunfarás de tus contrarios quando sintieres en tu pecho el ardor que experimentaste en mi aliento. Con seguridad podrás entonces acometer á los que te hicieren

guerra, que por muchos que sean conseguirás la victoria. Aconsejote, que prosigas en hacer obras de piedad, que con eso segura tienes la bendicion de Dios." Con esto se desapareció San Lazaro, y dexó el aposento lleno de olor suavísimo, y el Cid se levantó á dar gracias á Dios, y encomendarse á la Sacratissima Virgen Maria, con quien tenia especial devocion.

Despues de la Romeria que el Cid Campeador hizo á Santiago de Galicia, cuentan la Historia General, y otras Historias, que D. Rodrigo Diaz de Vivar lidió en Campo con el valeroso Caballero Martin Gonzalez, sobre averiguar si pertenecia la Ciudad de Calahorra á Castilla ó Aragon. Salieron los dos esforzados Adalides al campo; y á vista de los dos Exercitos Castellanos, y Aragoneses, emprendieron la pelea, que fue muy reñida, como tan diestros, asi el uno como el otro. Peleaban con gran destreza y valor, D. Martin Gonzalez por el Rey D. Ramiro de Aragon, y nuestro Cid Campeador por el Rey Don Fernando de Castilla: mas por ultimo consiguió la victoria el valeroso é invencible D. Rodrigo Diaz de Vivar, y se declaró por perteneciente á la Corona de Castilla la insigne Ciudad de Calahorra.

Hallabase despues de esto el Rey Don Fernando desembarazdo de los zelos en que le tuvo su hermano D. Garcia, y que ya habia ganado las voluntades de sus vasallos; por lo que viéndose asi desahogado trató de prevenirse para expugnar, y hacer guerra á los

Moros. Estando el Rey en Galicia unas quadrillas de Mahometanos se atrevieron á correr la tierra de Extremadura Castellana. Los cristianos noticiosos del valor con que el Cid acometia á los Moros, avisaron, que los fuesen á socorrer. Rodrigo de Vivar juntó luego sus parientes, y amigos, y todos bien prevenidos salieron á encontrarlos; hallaronlos entre Atienza, y S. Estevan de Gormaz, y luego los acometieron con tan grande acierto, que los venció, dexando á muchos muertos en el campo; y yendo en alcance de los que habian vuelto las espaldas, los siguió hasta siete leguas: alcanzolos, y los cogió la presa, y vagage que llevaban. Partióla el noble y generoso Campeador, que fue tan grande, que tocó al quinto doscientos caballos, que se estimaron en cien mil maravedis, á los quales llama marcos la Historia General. Sguióse á esto, que el Rey D. Fernando, habiendo juntado un poderoso Ejército, partió desde tierra de Campos á tierra de Portugal, donde se apoderó de muchos Castillos, y las Plazas de Sena, y Viseo; con animo de vengar en esta Plaza la muerte del Rey D. Alonso su Suegro. Halló en los sitiados gran valor en defenderla; pero por último, fue cogida, y hallando dentro al Moro que con la saeta mató al Rey D. Alonso, mandó que le cortasen ambas manos. Mostróse en esta conquista mucha el esforzado valor del Cid.

Viendo los emulos de nuestro D. Rodrigo Diaz de Vivar, que cada dia crecia mas el aplauso, y esti-

macion del Campeador , escribieron algunos Condes á los Reyes Moros vasallos del Cid , que á tres de Mayo entrasen por los lugares de Castilla , porque en este tiempo el Rey D. Fernando estaria en Galicia , y que el Cid saldria á la defensa , y ellos con él , y que al mejor tiempo de la batalla se volverian contra Rodrigo Diaz , para que quedase muerto en el campo. Los Moros preciados mas de hombres de su palabra , que los Condes de su nobleza , y cristiandad , enviaron las propias cartas al Cid , las quales leidas , pasó á poner en manos del Rey D. Fernando , quien se pasmó de que en corazones cristianos cupiese envidia tan maledola , y tan perjudicial á la Ley de Dios , y la Patria. Volvió el Rey sobre sí ; consideró los graves daños que tan perversos hombres causan en la republica , y los arrojó , y desnaturalizó de todos sus dominios. Uno de los Condes se llamaba D. Garcia , el que estaba casado con una hermana de la muger del Cid , á quien la Historia impresa de este llama Elvira , y la General Doña Teresa. Esta Señora conociendo la clemencia y benignidad del Cid pidióle por merced , que le diese carta para alguno de los Reyes sus tributarios , y el Cid escribió al Rey de Córdoba , quien por sus respetos le recibió , y le señaló la Villa de Cabra donde viviese.

IV Llegó la ocasion de que los Mensajeros de los Reyes Moros , vasallos del Cid , viniesen á reconocer el vasallage , y pagarle el tributo. Fueron á be-

sarle la mano , y les mandó , que fuesen á besarsela al Rey D. Fernando ; y despues , puestos tambien de rodillas , se la besaron á él diciendo : *Mio Cid*. Cayó tan en gracia al Rey esta expresion de aquellos Mensageros , que mandó que en adelante le llamasen á D. Rodrigo Diaz de Vivar *Mio Cid* , Rui Diaz. El Cid quiso dar el quinto del presente , y del tributo al Rey D. Fernando. Mostróse el Rey muy agradecido de su liberalidad y generosidad noble ; pero no le quiso recibir , quedando muy prendado entonces de su noble y fiel corazon.

CAPITULO III.

Libra el Cid á España del tributo de los Emperadores , toma el Cid juramento á el Rey Don Alonso , segundo destierro del Cid , aviso favorable que tuvo el Cid del Cielo , y estratagema con que ganó el Castillo de Alcocer , por cuyo motivo le ofrece sueldo el Rey Moro de Toledo.

Siguióse de allí á pocos dias , que el Emperador Enrique III, pretendió , que el Rey de España tributase el feudo , que alegaba se le debia como á Emperador , para lo qual envió su Legacia al Concilio Turonense , en que presidia el Cardenal Ildebrando , que despues siendo Pontifice , se llamó Gregorio VII. Hizo tambien la representacion el Emperador al Papa Victor II. de la coligacion que el Rey de España tenia

á pagar el fuedo que los Reyes deben á los Emperadores. El Papa obligado de Enrique , expidió su Breve , y le remitió al Rey Don Fernando. Consultó el Rey á los Condes y Grandes del Reyno sobre lo que debia hacer. Los Señores considerando , que aunque el Emperador no procedia con justificacion , mas considerando las urgencias presentes , aconsejaron al Rey , que convenia ceder á la fuerza del Imperio ; y asi quedó acordado , que se diese cumplimiento á la pretension del Emperador.

No se halló en el congreso el Cid por haber venido á Burgos. Habiendo vuelto á la Corte , considerando D. Fernando los grandes talentos del Cid , le consultó , y pidió su parecer. Rodrigo Diaz , aunque informado del consejo , que habian dado los Grandes , respondió abiertamente : « Señor , el Rey de España por ningun modo debe pagar tributo al Emperador. Qué socorro han enviado los Emperadores para la expulsion de los Moros? No es punto de V. M. que mientras vuestra mano empuña el Cetro , y vuestra cabeza mantiene la Corona de España , comience á ser feudataria. Y asi , Señor , los Reyes Moros vasallos vuestros , os darán hasta cien mil caballeros. Aqui estoy yo , que abrí el camino , y marcharé por vuestro aposentador á la frente de mil y novecientos caballeros , amigos y parientes míos.

El Rey , agradecido , siguió el parecer del Cid , y luego al punto suplico del Breve al Papa , diciendo,

los cristianos Españoles á costa de su sangre habian recuperado su Reyno , y que si en algunas ocasiones habian entrado algunos Emperadores en los términos de España , habia sido para agregarlos á la Corona de Francia : y así , que al mismo precio de su sangre estaban los Españoles en defender su libertad. Escribió tambien al Emperador diciendo , que la pretension en que le habian puesto no iba bien fundada ; y así que le suplicaba , que no le estorvase hacer guerra á los enemigos de la Religion Católica , y estender el Imperio de Christo ; que si no desistia de la pretension , estaba pronto para ir á responder con las armas en la mano.

Mientras iba la respuesta , no se descuidó el Rey en prevenirse , y comenzó á marchar con ocho mil y novecientos caballeros. Iba delante el Cid abriendo camino , y habiendo pasado los Pirineos se alteraron de modo los Franceses , que comenzaron á negarles los bastimentos ; pero el Cid talando los campos , les obligó á dar por fuerza lo que habian reusado dar por el debido precio. Salió al encuentro el Conde Raymundo , Gobernador de Saboya , con veinte mil Caballeros , y sobre asentar el Campo se rompió una batalla en que fue vencido , y preso el Conde con otros muchos de su partido. Noticioso el Papa , y el Emperador del valor de los Españoles , y determinacion con que se iba acercando el Rey Don Fernando , como tambien de los esfuerzos y hazañas , que proseguia

obrando su gran Capitan el Cid Rodrigo Diaz de Vivar, enviaron á decir, que se podía volver, que le reconocia esento del feudo que se le habia pedido.

Consultó el Rey al Cid, y á los demás caballeros, que se habia de hacer en este caso; y se resolvió que el Conde D. Rodrigo Diaz, el Asturiano, y Alvar Fañez, pasasen á estar con el Papa, y el Emperador, para representarles que el Rey de España estaba determinado á no retirarse hasta que se decidiese su causa en justicia. El Papa envió á Ruperto ó Roberto, Cardenal de Santa Sabina, con otros caballeros que vinieron de parte del Emperador, los cuales habiendo tratado el punto se resolvió la causa á favor de la Corona de España; y desde entonces quedó el estilo de llamar al Rey de España: *Par del Emperador*, que es ser igual al Emperador. Tanto como esto importaba, que al lado de los Reyes estuviesen animos del zelo y valor del Cid: pues verdaderamente, si este grande hombre no hubiera ocurrido á este suceso, estuviera España tributaria de los Emperadores.

Pasando ya mas adelante las cosas, como tambien la muerte del Rey D. Sancho, de que ya hemos hablado, y asimismo el segundo casamiento del Cid con Doña Ximena Diaz, sobrina del Rey D. Sancho, é hija del Conde D. Diego de Asturias, en quien tubo un hijo, que se llamo Diego Ruiz, y dos hijas, Doña Elyra y Doña Sol; vino el Rey D. Alonso, que se hallaba en Toledo, á tomar posesion del Reyno. Dirí-

güió su camino á Zamora, donde luego comenzó á tratar con su hermana Doña Urraca, y con otras personas ilustres de la Administracion del Reyno. Llegaron los Castellanos, Leoneses, Gallegos y Navarros á cumplimentarle, y recibirle por su Señor: pero dixeron que por quanto se habia divulgado por toda Castilla, que su Magestad habia intervenido en la muerte de D. Sancho su Rey, era preciso que jurase antes de tomar posesion de la Corona, que no habia sido parte en la traicion de Bellido Delfos, y sin esperar á que jurase, llegaron todos á besarle la mano, excepto el Cid.

Echó menos el Rey que el Cid hubiese rehusado esta acción, y procuró examinar la causa. Rodrigo Diaz, sin esperar á que otro respondiese dixo: « Señor, quantos están apresents sospechan, que por vuestro consejo fue muerto el Rey D. Sancho: y así yo por veros libre de esta sospecha, atendiendo á vuestro honor, mientras V. M. no se purgare de esta vulgar opinion, segun dispone el Derecho, yo me tengo de abstenen de besaros publicamente la mano, y de reconocer por mi Señor.» Respondió el Rey: Rodrigo Diaz, mucho me habeis agrádado en lo que habeis dicho. Y pasó á preguntar á los Grandes: Y como me libraré de semejante sospecha? Dixeron: Señor jurando publicamente, y con solemnidad doce caballeros de los que acompañan á V. M. en Toledo, y haciendo este juramento en la Ciudad de Burgos, cabeza de Castilla.

Dispusóse entre los caballeros Castellanos quien se habia de encargar de hacer esta función, y de representar la parte del Reyno. Aunque la función era de grande honor, porque son pocos los que se hallan que quieran sacar la cara por el comun, por no perder la conveniencia particular, el Cid advertido de lo que sucede á los que se poseen de parte del bien público, admitió hacer la representación del Reyno de Castilla. Al dia señalado, el Rey, asistido de los Grandes salió de su Palacio, que era lo que ahora se llama casa de los Picos. Subió á la Iglesia de Santa Agueda (Iglesia determinada para los juramentos) y puestos en el Teatro, de modo que todos viesen la función, llegó el Cid, tomó el Libro de los Evangelios, y pusole sobre el Altar, y poniendo el Rey las manos sobre él, dixo Rodrigo Diaz: « Rey D. Alonso, vos venides á jurar por la muerte del Rey Don Sancho vuestro hermano, que vos non le mataste, non fuisteis ende consejador, decid la verdad, si non tal muerte murades como él murió: Villano vos mate, é non Fidalgo, é de otra tierra venga; é non sea Castellano. » A El Rey, y los caballeros respondieron. Amen. No se contentó el Cid en haber dicho estas palabras una vez sola: repitiólas por tres veces, á que satisfizo el Rey con los caballeros en la misma forma. Al segundo juramento dice la Cronica manuscrita del Cid, que el Rey se sonrojó, y que á la tercera se puso muy encendido. Y pareciendole, que el Cid de real

por su Patria, y por su Rey muerto se habia pasado al extremo de atrevido, dixo D. Alonso: »Varon Rui-Diaz por qué me afincades tanto? Que hoy me conjurades, é cras me besaredes la mano:» respondió el Cid: »Como me ficieredes algo, que en otras tierras soldadas dan á Fidalgos, y asi fuera á mi quien me quisiere por vasallo.» La Historia General añade, que tomado el juramento, fue el Cid á besar la mano al Rey; pero retitola muy enojado, y desde entonces comenzó á mirarle con desden, como se vió por lo que de alli á poco aconteció.

El temor, y no la palabra era el que obligaba á los Moros á pagar el feudo pactado á los Principes cristianos; y asi las mas veces era preciso pasar á cobrarle con las armas en la mano. Confederaronse algunos Reyezuelos Moros á negar el pecho al Rey de Castilla. El Rey D. Alonso determinó ir en persona á tomar las cuentas, por causa de hallarse enfermo el Cid, que era de quien con seguridad podia mejor fiar la jornada, y experimentado de lo que poco antes acababa de ejecutar en Andalucia por otro tanto. Los Moros de Medina Coeli con el Rey Moro de Zaragoza vinieron á poner cerco á la Villa de Gormaz; en cuya tierra entraron haciendo notables estragos. El Cid, habiendo convallecido de su enfermedad, salió á defender la tierra con la gente que pudo recoger. Avisados los Arabes que el Cid venia en busca suya, levantaron el cerco, y tiraron ácia la tierra de Toledo,

por reconocer, que el Rey D. Alonso tenia amistad con Almaymon. El Cid, sin hacer reflexion en esta amistad, como un Leon en alcance de la presa los fue siguiendo hasta muy cerca de Toledo, talando, y cautivando quantos se ponian delante en tierra de Sigüenza, Hita y Guadalaxara, de modo, que hizo prisioneros entre hombres y mugeres once mil personas, con que dió la vuelta para Castilla.

Sentido Almaymon, Rey de Toledo, de que el Cid hubiese entrado en sus dominios haciendo en ellos tanto estrago, quejóse agriamente al Rey D. Alonso. El Rey sintió en extremo, que Rodrigo Diaz hubiese excedido en los pasos que dió en esta jornada. Viendo los emulos del Cid la buena ocasion de hacerle tiro, segun la envidia que poseian sus corazones contra él, ponderaron el caso demasiado. Dicen, que envió á decir el Rey al Cid, que restituyese al Rey de Toledo todos los Lugares y despojos, que habia tomado; pero que el Cid se hizo el desentendido: y de aqui tomaron ocasion para ponderar los emulos su inobediencia, el poco respeto á los Tratados de su Rey, y la mucha arrogancia que habia mostrado quando le tomó el juramento: con que D. Alonso despachó luego Decreto, que saliese desterrado de sus Reynos. Pasaba el Rey á la Villa de Vivar, y el Cid, aunque no ignoraba la desazon del Rey, salióle al encuentro, y le fue á besar la mano. D. Alonso se la negó, y muy ceñudo le dixo: *Andad, salid luego de mis Reynos.* Señor, dixo el Cid,

el fuero de Castilla dispone , que á los Hijos-Dalgo se les dé treinta dias de término. A que respondió el Rey : cumplidos nueve dias no pareis mas en mis Estados.

Rodrigo Diaz , sin esperar á oír mas palabras se retiró á Vivar , convocó á sus amigos y parientes , contoles lo que le habia pasado con el Rey , y la determinacion en que estaba , que era ir á probar fortuna en tierra de Moros , ya que en su patria la envidia le cortaba los buelos. Alvar Fañez con los demas de su compañía se ofreció á seguirle hasta perder la vida. Trató el Cid disponer su viage , y encargó á Martin Antolinez , su sobrino , pasase á estar con dos Judios Truantes en Burgos , llamados Raquel , y Bidas , para que á ganancia le acomodasen una suma de dinero , y que para su resguardo les dexaria dos cofres en que tenia diferentes alhajas de oro y plata y piedras preciosas , que habia cogido á los Moros. Los Judios considerando que la ganancia era segura le dieron trescientos marcos de oro y otros tantos de plata , y por el seguro se quedaron con los cofres , que hoy dia se conservan el uno en la Iglesia de Santa Agueda de Burgos , y el otro en S. Pedro de Cardaña. Dispuestas las cosas , y dexando su casa y familia encargadas al Abad de Cardaña S. Sisebuto , partió acompañado de ciento y quince Caballeros ademas de otros que se le juntaron , con esperanzas de mejorar de fortuna.

Dando principio á su empresa , tomó el camino

de Lara, llegó al Espinar donde hizo alto hasta cen-
tar la noche: aquí se juntaron otros muchos Caballe-
ros, y Soldados de Infantería. Otro día pasando el
Duero, hizo noche en Higuera. Aunque al Cid
animaba su gran corazón, como discreto, no dexaba
de prevenir peligros, y temer de entrar por medio de
sus enemigos, y en tierra donde no tenía que esperar
socorro, sino que le viniese del Cielo. Con este cuida-
do se entregó al sueño, y en él tubo un aviso del Cie-
lo, que le dixo, que prosiguiese sin temor su jornada.
Otro día de mañana, animando á los que le seguian,
marchó á Sierra de Miedes, que está á mano derecha
de Atienza. Allí hizo muestra de la gente que le se-
guia, y halló, que eran quatrocientos de á caballo, y
tres mil Infantes, que todos iban con el valor, y ani-
mo de mejorar de fortuna. Viendo el Cid con gen-
te tan escogida, determinó pasar aquella noche á la
Sierra, y ponerse cerca del Castillo de Castrejon.

Después de haber cogido este castillo le dexó,
porque aquella tierra estaba á feudo del Rey D. Alon-
so, y no dar que decir á la envidia, y pasó á tomar el
Castillo de Alcocer. Allí mandó, que hiciesen un fos-
so, para que su gente estuviese libre de alguna sorpre-
sa. Asentadas en una colina cerca del Castillo las tien-
das, pasó con la caballería á registrar el Castillo. Sob-
resaltados los Moros de ver sobre sí al Cid, determi-
naron pagarle tributo con condicion de que no se apo-
derase de la fortaleza. El Cid conociendo, que no sería

difícil quitár el Castillo á los que con sola su vista habia puesto tanto miedo , no quiso admitir el partido. Despues de haber hecho algunas correrias , y carabanas , aprovechándose de la estratagema de Josue , hizo levantar el campo dexando de industria en él algunas tiendas. Puestos en órden de marchar se enderezaron con su vándera levantada por las riveras del Rio Jalon.

Al ver los Moros la gente del Cid en forma de huida , se persuadieron , que marchaba por falta de viveres , y que fallidos con el hambre dexaban algunas tiendas. Acordaron ir en su alcance , saliendo del Castillo con grande algazara. El Cid advirtió á los suyos , que no hiciesen aprecio de sus voces , y griteria , sino que procurasen ir siguiendo sus pasos. Ya que les vió á buena distancia de Alcocér , revolvió tan de recio sobre ellos , que del primer golpe dexó á muchos muertos y á los demas aturdidos : de suerte , que adelantándose con los caballos mas ligeros se entró en el Castillo , y Pedro Bermudez , su Alferez , fixó en el lugar mas alto la vándera del Cid. Agradeció al Cielo esta empresa , y puesto de rodillas dió gracias á Dios , y á su Santísima Madre de quien era muy devoto , por haberle hecho dueño de un Castillo tan fuerte. Entonces el Rey de Toledo , por redimir la vejacion , que el Cid hacia en tierra de Guadalaxara , tuvo á bien de darle sueldo , porque no prosiguiese en hacer daño en sus dominios : y asimismo le encargó , que pasase á correr

la tierra del Rey de Valencia Alcamín, ó Abubecar, el qual siendo Alcayde de Valencia, puesto por Almaymon, se habia levantado con el Reyno, que no era suyo, sino de este.

CAPITULO IV.

Cercado el Cid en el Castillo de Alcocér, sale, y mata treinta mil Moros, presente que hizo á el Rey D. Alonso, Batalla famosa, que ganó á el Rey de Denia, á el de Aragon, y á el Conde de Barcelona. Levántase el destierro del Cid, y toma por armas á Toledo, y despues pone el Cid en posesion de Valencia á el Rey Moro de Toledo, despues de vencido.

Causó tanto miedo la toma del Castillo de Alcocér á los Moros, les espantaron tanto las correrias, que los puso en gran conflicto. Dieron aviso al Rey de Valencia, de que no se alegró mucho por el miedo que el Cid habia infundido en el corazon de los Mahometanos; pero considerando que por valiente que fuese el Cid, no seria dificultoso cortarle los pasos, llamó á dos Reyezuelos de su dependencia, llamados Faris, y Galves, para que con tres mil Caballeros, y los peones que pudiesen juntar, que fueron muchos, fuesen á Alcocér; y cantando ya la victoria en su fantasia les dió apretadas órdenes, para que le llevasen preso al Cid. Salieron los dos Reyezuelos, divulgando

por donde pasaban que iban á prender al Cid , con que llegaron á juntar una Morisma innumerable. Llegaron á Alcocer , y cercaron de modo el Castillo , que los Castellanos no podian salir á tomar agua. Considerando Rodrigo Diaz , que la tardanza en la resolucion no le podia estar bien , porque de parte alguna no podia esperar socorro , determinó salir quanto antes á pelear con los Reyes que le venian á prender. Todos los Soldados del Cid á una voz aprobaron la determinacion , con que resolvieron salir contra los Moros otro dia muy de mañana.

Aquella noche se encomendó el Cid muy de veras á Dios , y á su Santísima Madre , y con esta tan buena prevencion , y tan Divinos Patronos , dexando dos Soldados en el Castillo por Guardas , salió contra aquella multitud de enemigos de la Religion Católica, los cuales fueron luego desbaratados , no obstante haber sido bien reñida la batalla. Los Reyezuelos procuraron volver á recoger su gente y á ponerla en orden, pero fue para que se conociesen segunda vez vencidos: con que los Reyezuelos se escaparon á curar las heridas , dexando en el campo muertos treinta mil de los suyos. Faris se acogió á Teruel , y Galves á Calatayud, habiendo dexado muchísimos despojos , y riquísimas alhajas en el campo de la batalla.

El Cid , con tanta copia de despojos , determinó lo primero mostrarse agradecido á Dios y á la Sacratísima Virgen Maria , enviando las vanderas que habia

cogido de los Moros á la Iglesia de Santa Maria del Burgo (que hoy es la Iglesia del Lugar de Gamonal) y asimismo envió la limosna para hacer decir mil Misas en el Altar de aquella soberana Reyna, por haberse encomendado á ella quando salió desterrado de Castilla. Despues de haber cumplido con su Dios y su Madre Santísima, envió al Rey D. Alonso de presente cincuenta caballos, ricamente enjaezados, con otros tantos alfanges pendientes de los arzones. A Alvar Fañez, que fue el que mas se señaló en aquella batalla, le envió con este presente al Rey, y luego que lo entregó viao á San Pedro de Cardaña, donde estaba la muger del Cid, á visitar á Doña Ximena, á sus dos hijas, y al Abad San Sisebato, á quien entregó cincuenta marcos de Plata, y le encargó suplicase á la Divina Magestad por los buenos sucesos de Rodrigo Diaz, y de su gente.

El Rey Don Alonso hizo grande estimacion del presente, que le envió el Cid, y mucho mas de su generoso ánimo, por vér correspondia con beneficios á la accion de que otros se explicarán agraviados enemigos de la Patria, y contrarios á su Rey. Pero como era Ruy Diaz tan Católico, y propenso á obrar los preceptos de Jesu Christo, que manda se haga bien á los mismos enemigos, y á aquellos á quienes mas les hubiesen agraviado, por tanto era muy propenso á agradar á Dios, cumpliendo exactamente su santa Ley; y por eso el Señor le favorecía tanto en sus grandes

empresas. Mostróse el Rey satisfecho de la magnanimidad del Cid , y dió permiso el Rey D. Alonso , para que qualquiera de sus vasallos pudiese ir libre á militar debaxo de las vanderas del Cid Campeador.

Pareciendo á nuestro gran Burgales , el Cid , que era estrecha aquella tierra , trató con los Moros , que le diesen en prestito por el Castillo de Alcocér alguna suma de dinero. La Historia General dice , que le dieron tres mil marcos de plata ; pero la Cronica del Cid dice , que seis mil , los quales repartió entre sus Soldados , que tan valerosamente le servian. Los Moros que le habian tratado sintieron mucho que los dexase. Salió el invicto Castellano de Alcocér , y atravesando por el Rio Jalon , llegó á una cumbre que estaba sobre Monreal , de donde con seguridad talaba de modo la tierra y lugares comarcanos , que le ofrecieron pagar tributo , para que no prosiguiese en molestarles. Ya habia convalidado el Rey Faris ; pero no se atrevió á ponerse delante del Campeador. Despues de seis semanas que estubo en aquella cumbre , que hoy se llama el *Poyo del Cid* , cogiendo el fruto de las riberas del Rio Martin , se alargó á los campos de Zaragoza , de que no se alegró el Rey Moro Almudafar. Viendo este Rey los grandes robos , que hacia el Cid á todos aquellos enemigos de Jesu-Christo , pues no era su conato otro , que acabar con ellos , y que al mismo tiempo todos los Moros temian , procuró atraerle ácia si , ofreciendo pagarle sueldo honrado. Vino en ajuste

el Cid, y habiendole recibido en Zaragoza, procuró ganarle la voluntad, y de valerse de su dictamen, y consejo, que verdaderamente no le perdió; porque por los consejos de este gran Capitan, y sus esfuerzos invencibles ganó muchas batallas.

El Rey de Zaragoza Almudafar, estando bien avenido con el Cid vino á morir, habiendo dexado dos hijos, llamado el primogénito Zulema, y el segundo Aben-Alfange, los quales dividieron el Reyno como hermanos, para reñir despues como enemigos. A Zulema tocó por suerte el partido de Zaragoza, y por fortuna el valor del Cid, á quien nombró por primer Ministro, y por Capitan General de sus Milicias. A Aben-Alfange tocó la tierra de Denia, de que, aunque era el segundo, no quedó satisfecho. Este no atreviéndose por si solo á declarar guerra contra su hermano, por considerarle superior en fuerzas, y porque tenia de su parte al brazo del Cid, hizo liga con el Rey de Aragon, y Conde de Barcelona. El Cid que llegó á entender las ideas del Rey de Denia, salió á correr sus dominios, que picado, dió pronto aviso á los Aliados, y el Conde de Barcelona acudió en persona á incorporarse con el Rey de Denia. Juntos los dos idearon coger al Cid descuidado al tiempo que diese la vuelta para Zaragoza. No vinieron con tanto secreto, que el ruido no llegase á los oidos del Cid quando baxaban de la Sierra de Tebar del Pinar, que le dió lugar para prepararse.

Rodrigo Diaz dió orden, que caminase adelante la presa, y envió á decir al Conde de Barcelona, que suplicaba no le pusiese en ocasion de tomar las armas contra su gente, ni que pretendiese hacer mal á los que andaban en su compañía supuesto que no llevaba cosa suya, ni le agraviaba en correr las tierras del Rey de Denia. El Conde desestimó la suplica: con que el Cid se vió obligado á poner los Esquadrones en forma de pelea, esperando los enemigos en el valle. Luego que los Ejércitos se vieron en estado de chocar, echaran mano á las armas; pero los Moros viendose mal parados en los primeros choques, comenzaron á huir. El Conde, y los suyos prosiguieron la batalla con mas esfuerzo y teson, con que el Cid logró la ocasion de tantear el pulso del Conde, de derribarle del caballo, de quitarle la famosa espada colada, y de prenderle. Quando los Catalanes vieron preso á su Señor, comenzaron á huir, y los Soldados del Cid prosiguieron el alcance por espacio de tres leguas, en que prendieron á otros muchos. El Cid llevó á su tienda al Conde, donde con toda urbanidad procuró cortejarle, por ver que sentia mucho la prision. Por diligencias que hizo Rodrigo Diaz para consolarle, no lo pudo conseguir, hasta que le dixo que le daria libertad juntamente con los dos Caballeros que fuesen de su primera estimacion. Con esto respiró el Conde, y habiendo comido marchó con los dos Caballeros parientes, D. Hugo, y D. Guillen Bernalt, y el

Cid se volvió á Zaragoza habiendo dado libertad á los demas Vasallos del Conde.

En el tiempo en que nuestro Capitan Burgales anduvo desterrado adquirió mas nombre y fama, que podia haber conseguido en su Patria. En este tiempo intentó el Rey D. Alonso recobrar el Reyno de Toledo, porque ya era muerto su amigo el Rey Moro Alymaynon, y para empresa tan ardua se vió obligado á llamar al Cid le viniese á ayudar, levantándole el destierro, y ofreciéndole honrada satisfaccion de los agravios, que se habian hecho á su persona. Acudió puntual, preciándose de fiel Vasallo á su Rey, acompañado de sus muy esforzados Caballeros, como instruidos en la escuela de tan diestro Campeador. El Rey le recibió con agasajo, prometióle hacer buenos partidos, y le encargó, que no levantase la mano hasta coger el Castillo de Rueda, y prender al traidor Aben Falaz, que habia muerto á tantos Señores principales en el Castillo de Rueda. El Cid pasó luego á cercar el Castillo, y puso el cordón tan apretado, que obligó á que los Moros fallidos de hambre, se rindieron cautivos, y á los pocos que quedaron con el Autor de la traicion cogido el Castillo, envió presos al Rey D. Alonso, con quienes executó el castigo correspondiente.

Hechas todas las provisiones para coger á Toledo, pidió asimismo favor al Rey de Aragon D. Alonso, y otros Principes de Francia, que todos juntos

marcharon , corriendo la principal diligencia por Rodrigo de Vivar , que tenia el baston de Capitan General. Durante el cerco experimentaron los nuestros mas adversa que prospera la fortuna ; tanto , que los grandes deseos se iban transformando en desconfianzas. Hubieran levantado el cerco , si el glorioso Doctor S. Isidoro no hubiera dado aviso al Venerable Cipriano , Obispo de Leon , para que persuadiese al Rey , que no levantase el sitio , porque dentro de quince dias se rendirian los Moros. Con este aviso se alentaron los Cristianos , y persistieron constantes , hasta que los Arabes cedieron baxo unas condiciones que les otorgó el Rey por la grande gana que tenia de apoderarse de aquella Ciudad. Salieron los Moros á entregar las llaves al Rey dia de S. Urbano. D. Rodrigo Diaz de Vivar entró en Toledo con el Estandarte Real , guiando al Rey Don Alonso hasta que entrasé en el Alcazar.

Trató el Rey del estado politico de la Ciudad , y de poner en órden el gobierno ; y porque estaba en el conocimiento de que era forzoso poner en Toledo Gobernador de gran prudencia , valor y zelo , y que fuese temido de los moros , escogió al famoso Rodrigo Diaz , dandole el titulo de Principe de la Milicia Toledana. Dexó el Rey á su cargo mil Caballeros Hijos Dalgos , para que no atreviéndose los Moros á oponerse , mantuviesen en paz la Republica.

Quando Hiaya, Rey Moro de Toledo , entregó la Ciudad al Rey D. Alonso , pactó con él , que le

habia de ayudar á recobrar el Reyno de Valencia, que habia sido de Alymaymon su abuelo, y se habia levantado con él Abubecar á quien habia puesto por Alcayde. Salió Hiaya acompañado de los esquadrones, que le dió el Rey D. Alonso, y con la ayuda del Cid le puso en posesion de Valencia, y expelió al usurpador Abubecar.

CAPITULO V.

Tercero destierro del Cid, conquista famosísima en la toma de Valencia, y Justicia que administró con aquellos Moros.

Todo ya sosegado, envió el Rey D. Alonso á llamar al Cid le viniese á ayudar contra los Moros Almorabides, que hacian notables estragos, asi en los dominios de los Cristianos, como en los de los Moros. El Cid procuró juntar sus Caballeros, y demas gente para venir á juntarse con el Rey D. Alonso; pero juzgando, que el Rey se detendria algun tiempo en componer las tropas, caminó con algun despacio, y porque necesitaba ir ganando la comida por el camino hasta llegar á Medina Coeli donde esperó al Rey, entendiendo, que habia de pasar por alli; pero se enderezó á Alaedo por otro camino. Avisados los Almorabides de que el Rey y el Cid venian en su alcance, levantaron el cerco del Castillo de Alaedo. Llegó el Rey á esta fortaleza, y dexándola bien pre-

venida, dió la vuelta para Castilla, sin haberse juntado á él el Cid, lo que sintió mucho.

Los emulos de Rodrigo Diaz reconociendo, que el Rey D. Alonso estaba sentido de que el Cid no se hubiese incorporado con su Ejército, hallaron buena ocasion para acusarle, y hacer creer al Rey, que no habia acudido por vengarse del destierro, quando le expelió de sus dominios, y que podia conocer, que no deseaba los aumentos de su Reyno. Fray Juan Gil Zamorense dice, que un Soldado pasó á estar con el Rey D. Alonso, y que le dixo, como Rodrigo Diaz de Vivar era traidor á su Magestad, que con grande arte de palabras, y de algunas acciones exteriores encubria la traicion; y para que entendiese, que le decia la verdad, se ofrecia á probarle en desafio campal. Creyole el Rey, y despachó Decreto, que le quitasen los Estados, que le confiscasen los bienes, y que prendiesen á su muger Doña Ximena, y á sus hijas. Noticioso el Cid de lo que pasaba por su familia, remitió desde Valencia, donde se volvió despues que no encontró al Rey, otro Soldado, para que cumpliese el desafio, y diese satisfaccion al Rey por palabra de su lealtad y fidelidad con los motivos de no haberse encontrado con él; y asi, dice este mismo Autor, que habiendo el Rey D. Alonso oido la escusa del Cid, y la aceptacion del desafio, revocó el Decreto de la prision de Doña Ximena, y sus hijas; pero no dió lugar á que se executase el desafio.

La Cronica del Cid no pone este reto, ó desafio, pero dice, que el Cid envió á un Caballero, para que dixese, que si habia Conde, Rico Hombre, ó Caballero, que afirmase, que tenia mas firme voluntad de servir al Rey, que él, que saliese á probarlo con su espada ó lanza al campo. Llegó á levantar tanta llama la envidia en el corazon de los emulos, que noticiosos de que Rodrigo Diaz estaba sobre un Castillo de Zaragoza, pidieron gente al Rey D. Alonso para ir contra él; pero el Rey aunque estaba desazonado, no quiso concedersela. Como se miraba el Cid fuera de la gracia del Rey D. Alonso, se andaba ya una vez en Valencia, ya otra en Zaragoza, haciendo correrias, y defensas muy utiles para estos Reyes; quando en estos tiempos vinieron los Moros Almorabides sobre Valencia, y la cogieron, teniendo la desgracia el Rey Hiaya, que el Cid se hallase en Zaragoza.

Llegaron los Almorabides á Valencia, y la entraron, haciendo de cabeza Abenjaf. Hubo el dia de la entrada una gran mortandad, porque mataron á todos quantos eran de la parte del Rey Hiaya, y que se habian explicado aficionados al Cid. Al dia siguiente pasaron al Alcazar en busca de Hiaya, que ya entre sus muchas mugeres se habia retirado á una casa pequeña. Apoderaronse del Alcazar, y robaron quanto precioso en él hallaron, matando á un Cristiano, y á otros Moros que estaban de guarda; y prendieron al

Almojarife del Cid. Abenjaf, hecho dueño de Valencia, no paró hasta buscar y encontrar al Rey, para quitarle el gran tesoro que tenía consigo. Encontróle, y habiéndosele robado mandó luego que le cortasen la cabeza, y que la echasen en una laguna. Dexaron el cuerpo en el corral de la casa donde estaba, y un Vasallo de compasion le recogió, y otro dia, embuelto en una estera vieja, le dió por sepultura un muladar. ^{sup}

Llegaron á noticia del Cid todas estas novedades tan infaustas, y determinó luego recoger gente, y pasar á vengar la muerte del Rey de Valencia, con animo de expeler al Tirano de ella, y hacerse Señor de aquel Reyno, sugetándole á la obediencia del Rey D. Alonso de Castilla; pues el Cid, en medio de estar en desgracia de su Soberano, era tanta su lealtad á su Monarca, que pudiendo y reuniendo la ocasion tan á la mano de hacerse Rey de un Reyno tan opulento no quiso, reconociendose siempre Vasallo de Don Alonso.

Dispuestas todas las cosas marchó el Cid contra Valencia, cercola, habiendo desbaratado antes algunos Arrabales. Los Valencianos, que se vieron cercados del Cid, enviaron á pedir socorro al Rey de Zaragoza, y á Aben-Axa Capitan de los Almorabides, que cogida Valencia se salió de ella, dexando allí á Abenjaf. Luego que Aben-Axa recibió las cartas de los Valencianos les escribió, que presto pasaria á librarlos del conflicto en que se hallaban. El Cid, á quien nada

se le pasaba por alto, discurría los medios que podría hacer, para que los Almorabides no volviesen, y para que si venían como estorvar la entrada. Noticioso el Cid de que estaban ya en Jativa, se retiró á Juvalla donde supo que venía contra él un soberbio Ejército; y discurriendo como prudente, sobre si los esperaría, ó marcharía á otra parte, por último le venció el valor á que se detuviese.

Resuelto á esperarlos, dió orden á su gente para que fuese á derribar los puentes, y á romper los cauces y acequias, para que se hiciese un Rio toda la vega de Valencia, y para que no pudiesen pasar sino por un estrecho, en donde puso los Soldados mas valientes para impedirles el paso. Llegó nuevo aviso, que los Almorabides estaban ya en Alcira, y en el campo de Catarroza, que está á la vista de Valencia, donde por la noche encendieron grandes hogueras para alegrar á los Valencianos, y aterrar al Cid, y á los suyos, porque se imaginaban ya victoriosos. Pero el Señor de los Ejércitos, que tenía dispuesta otra cosa, envió aquella noche tal tempestad de relampagos, truenos y agua, que pensaron los Almorabides ser hundidos y anegados. Al ver por la mañana hecha un mar toda la vega, y que no podían pasar por parte alguna, trataron de dar vuelta espantados de la noche, que tubieron por mal agüero. El Cid advertido de que los Moros son llevados de agorerías y supersticiones, conoció que los Almorabides no habían de volver tan

presto, y que la ocasion era oportuna para apretar el sitio, sin dexar salir siquiera uno de la Ciudad, y que se muriesen de hambre si no se entregaban.

Los Alcaldes de los Castillos de la jurisdiccion, noticiosos de que los Morabides se habian retirado y que no habian de volver, porque no daban esperanzas de ello, acudieron al Cid con el tributo, y les obligó á que enviasen ballesteros y peones para combatir de recio la Ciudad, como la combatió, de modo, que no se daba lugar á que entrase ó saliese Moro alguno. El Alfaqui Alhagib, que quiere decir el Sacerdote Principe, viendo las discordias que se habian levantado entre Abenjaf, y los hijos de Aben-Afit dentro de la Ciudad, y que de parte de afuera no habia que esperar socorro, subió á la Torre mas alta de la Ciudad, y á grandes voces comenzó unas endechas tristes sobre la perdida de Valencia, las quales trae la Historia general. Abenjaf, viendo las cosas en tal extremo, despachó un Mensajero, para que dixese al Cid de parte de los Ciudadanos y suya, que estaban prontos á pagar el Tributo en la conformidad que se le habia pagado antes, viviendo el Rey Hiaya; y asi que le suplicaban levantase el Cerco. El Cid respondió que venia en ello; pero que primero le habian de enviar los hijos de Aben Afit.

Abenjaf, no penetrando las maximas del Cid, luego le envió los presos que pedia, y al dia siguiente le envió un Mensajero por quien le decia le permitiese

salir á verse con él: el Cid le recibió con grande agrado y disimulo de que hacia grande aprecio de él, por reconocer, que Abenjaf se pagaba mucho de esto. Pasaron á tratar en orden al tributo que le habian de dar, y de que el Cid habia de poner Almojarife que le cobrase sus rentas; y que para seguridad de lo tratado le habia de dar en rehenes á su hijo. Habiendo venido Abenjaf en quanto pedia el Cid, dió la vuelta para la Ciudad donde se arrepintió de haber ofrecido en rehenes á su hijo, con que Rodrigo Diaz, viendo que no cumplia con las condiciones, volvió á apretar de nuevo el cerco, á levantar algunos tablados, para que imaginasen, que intentaba entrar la Ciudad por asalto.

Proseguia el cerco con mucho rigor, y en este tiempo salieron dos hombres de la Ciudad á estar con el Cid, para decirle, que le apretase, porque los mas deseaban entregarse por redimir la grande hambre que padecian. El Cid, esforzándose con este aviso, hizo juntar toda su gente, y les mandó que fuesen hácia la puerta de Belsahanes, para entrarla por alli. Los de dentro acudieron prontos á aquella parte, y desde los muros arrojaron cantidad de piedras y saetas, y otros mas resueltos abrieron la puerta y salieron contra los cristianos. El Cid en esta ocasion se vió muy apretado por haberse metido en su casa, que fueron á cercar los Moros, esperándole á la puerta, pero hizo romper un portillo por donde salió con grande riesgo de la vi-

da. Libre de aquel peligro , advirtió , que no convenia hacerles mas guerra , que la cruel que les hacia el hambre , que llegó á ser tanta , que por no padecerla , tubieron por alivio arrojarse de los muros. El Cid para aterrarlos á que no se arrojasen de las murallas , deseando que quanto antes se acabasen los alimentos , mandó encender grandes hogueras para echar en ellas á quantos se desprendian de los muros. Llegó la Ciudad á tanta carestia , que habiendo consumido los granos y las carnes , los caballos y mulas , se determinaron á comer ratones , los cueros de las bacas y caballos , el orujo de las ubas , los letuarios de las Boticas , y otras cosas indignas de nombrarse. En fin llegó la necesidad á tal extremo , que la cabeza de un caballo que habian muerto en las táblas públicas , se tasó en veinte doblas de oro , y ya no habia quedado mas que una mula que era de Abenjaf , y otro caballo de su hijo.

Los Ciudadanos desesperados por lo mucho que les apretaba el hambre salieron á entregar las llaves al Cid , á quienes recibió con semblante enojado , reprehendiendoles su terquedad : mas los Moros , humildes se sometieron á que hiciese de ellos lo que quisiese. Rodrigo Diaz viendoles tan rendidos , y conociendo que la ocasion era ya oportuna de apoderarse de la Ciudad , mudó de semblante , y les dixo , que al dia siguiente saliesen Abenjaf , y los Caballeros principales de Aljama , ó Consejo de Estado , á firmar la entre-

ga de la Ciudad. Otro día, Jueves último de Junio, despues de la Fiesta de San Juan Bautista, que los Moros llaman Alhansara, á la hora de medio dia entraron los Cristianos á tomar la posesion de la Ciudad, despues de nueve meses de cerco, y conforme entraban se iban apoderando de las Torres. Otro día entró el Cid á la Ciudad, celebrando el triunfo, y subió á la Torre mas alta, de donde registró toda la poblacion; y para irles ganando las voluntades, prometió hacerles quanto favor pudiese; pero que estuviesen advertidos, que habia conquistado á Valencia, con rendimiento y vasallage á Don Alonso su Rey: asimismo encargó á los Cristianos, que procurasen tratar á los Moros con cortesia y respeto.

Tomada la posesion de Valencia, Abenjaf hizo un rico presente, y un quantioso donativo al Cid. Este Principe, como en todo grande, y nada codicioso, avisado de que Abenjaf era muy liberal á costa agena, y que el donativo le habia quitado á los vivanderos que habian acudió á Valencia desde Mallorca, no le quiso recibir, de que recibió Abenjaf notable sentimiento, pasando á sospechar lo que le habia de suceder. Dió despues orden á los de Aljama, ó Consejo de la Ciudad, para que acudiesen á la Huerta nueva, donde les dixo: que estaba cierto, que por singular favor del Cielo habia ganado la Ciudad; pues quando llegó la primera vez á Juballa se habia visto destituido de todo favor humano; y así, por tener

muy presente el favor Divino , les daba palabra de procurar mantener la Ciudad con toda equidad , y justicia ; y que estaba en juicio , que si daba lugar á cosa que no fuese de razon , se la quitaria quien se la habia dado.

Advirtióles tambien , que solo les pedia las rentas , que segun sus Leyes daban á sus Señores ; y que dos dias á la semana , Lunes y Jueves , asistiria á la Audiencia á sentenciar sus causas ; y que si acaeciesen pleytos , que pidan pronto despacho , podrian acudir quando gustasen , que siempre lo hallarian desocupado , y haré justicia , dixo , como la pudiera hacer vuestro pariente , y amigo. Y para que esto conste , digo , que desde luego propongo , que he tenido noticia , que Abenjaf , sin justicia , ni razon ha molestado á algunos para hacerme un rico presente , y un quantioso donativo : yo no le he querido recibir , porque no hay ley que permita hacer galanterias á costa agena. Si alguno se sintiere agraviado , acuda á mi , que será proveido de justicia.

Tambien sabeis , que quité el tesoro que llevaban á Murcia los Mensageros , quando os permiti los quince dias de treguas , y que buscaseis quien viniese á favorecer en el cerco , no permitiendo que los Mensageros llevasen mas que aquellos maravedises necesarios para su manutencion de ida y vuelta ; y sin embargo de poder quedarme con él , estoy resuelto á que lo que se hallare ser de particulares se resituya á

cada uno , habiendo hecho la probanza. Ahora haced el pleito omenaje , y entended , que soy vuestro Señor , y que habeis de obedecer mis decretos. Dió orden al Almojarife Abdalla , su Administrador principal de las Rentas Reales , para que nombrase Ministros inferiores , que tubiesen la incumbencia de cobrar las Rentas , con que se resolvió la Junta , y los Moros quedaron muy contentos , dándose el parabien de haber obtenido un Principe tan justo , y desinteresado. Propuso tambien el Cid á los Moros, que si gustaban de que Abenjaf se quedase por Alcayde ? Muchos de ellos respondieron : que no venian en tener por Gobernador persona , que por tantas causas debía morir. En vista de esto mandó el Cid , que prendiesen á Abenjaf , y que le pusiesen en question de tormento , apretándole hasta que declarase todo el tesoro , que paraba en su poder , con que el Cid , y los suyos quedaron poderosos , y ricos. Toda esta Historia de la Conquista de Valencia está sacada de la que comienza por el Rey Don Fruela II. que concluye diciendo , que todo se finalizó en el discurso de nueve meses.

CAPITULO VI.

Cercan los Moros de Sevilla á Valencia , y los destroza el Cid , matando mas de veinte y cinco mil ; envia el Cid por su familia , y hace un gran presente á el Rey Don Alonso. Famosísima Batalla que ganó á los Moros en Valencia , y otra capitaneada de veinte y seis Reyes Moros , y otro presente que remitió á el Rey Don Alonso.

Luego que corrió la voz que el Cid habia ganado á Valencia Ali-Aben-Axa , Caudillo de los Almorabides , juntó un Ejército de treinta mil hombres , y se le entregó á su yerno , á quien habia puesto por Rey de Sevilla , para que con la gente que él pudiese agregar , pasase á quitar al Cid la Ciudad de Valencia. A toda priesa caminó el Moro , y puso el cerco á Valencia. Pero el Cid que no sufría verse cercado , salió luego á él con su gente , y le acometió cerca de las murallas proximas á la Huerta de Villanueva. Defendieronse los Moros con valor ; pero por último consiguió el Señor de Valencia la victoria , dexando muertos como veinte mil Moros , y en el alcance , que duró hasta Jativa , fueron muertos y ahogados en el Rio cinco mil. Tres golpes alcanzaron al Rey de Sevilla , con que escarmentando se escapó con los pocos que habian quedado. La Historia General dice , que solo quedaron con vida mil y quinientos

Moros. En esta batalla se portó con gran valor Martín Pelaez el Asturiano, á quien la industria del Cid, de cobarde hizo muy animoso y esforzado Caballero. Habiendo vuelto al campo y los nuestros encontraron tan gran tesoro, que vino á tocar á los Soldados de Infantería diez mil marcos de plata á cada uno. La Historia General, que empieza por D. Fruela, asegura que el Cid cogió en esta batalla el célebre caballo *Babieca*.

Conseguida esta victoria comenzó el Cid á tratar como reparar las Iglesias que los Moros habían reducido á Mezquitas. Ofreció Rodrigo Diaz rentas para la Mesa del Obispo y sus Canónigos. Ya de nueve Mezquitas hicieron nueve Iglesias Parroquiales, dedicando la mayor al Apostol San Pedro, y la que estaba cerca del Alcazár, á donde el Cid acudia de ordinario á los Divinos oficios, fue consagrada á nuestra Señora, con el Título de *Santa Maria de las virtudes*, que fue la Iglesia Catedral.

Dispuesto el Gobierno Político y Eclesiástico de la Ciudad de Valencia, determinó el Cid enviar por Doña Ximena, y sus hijas, que las habia dexado quando salió al destierro en poder del Santo Abad de San Pedro de Cardaña San Sisebuto, y vivian en las casas inmediatas al Monasterio. Estubo con Alvar Fañez, y Martin Antolinez, y les dixo: que era razon de dar aviso al Rey D. Alonso, como habia ganado la Ciudad de Valencia con dependencia á su Corona,

y que el habia determinado, que los dos pasasen á Castilla, y presentasen á su Magestad en reconocimiento doscientos Caballos muy bien enjaezados: que le diesen la mano de su puente, y que de su platasen diez mil libras de plata, que pasase á Valencia su familia. Entrególes trescientos, y treinta marcos de oro, y mil y trescientos de plata. Los mil marcos de plata para que diésen á San Sisebuto, Abad de Cardena, hilos trescientos de plata, y los trescientos de oro para el desempeño de los diez ofres, que queitan oiven, y de los diez Reales, y el Bidu, y los diez, que de ganancia les diesen los que era justo; y los treinta marcos de oro restantes servirán para que mi familia y engalónen el dero y honra de bidu, y el nueve nonio de las M-
 -1212-
 Habiendo entrado en Castilla Alvar Fañez con doscientos Caballeros de su compañía, y Martin Andolinez con cinquenta, y informados de que el Rey se hallaba en Palencia, se dirigieron allá, y de encostraron al salir de Misa. El Rey, al ver la compañía tan lucida, preguntó: *Qué gente era aquella?* Dixeronle, que eran Soldados del Cid. Recibidos con noble agrado, les preguntó: *Qué noticias traían de su muy leal Vassallo Rodrigo Diaz?* Respondió Alvar Fañez: *Señor, y Rodrigo Diaz nos endia á que en su nombre be semos la mano á V. M. poniéndose á la obediencia como Vassallo á su Señor natural; y así participas, y da noticia de que despues que partió de Castilla venció tres batallas campales, y ganó muchos Castillos,*

y la noble Ciudad de Valencia, que conquistó con ren-
 dimiento y vasallage de V. M. Ha hecho q̄ esta gran
 Ciudad es Episcopal, y ha nombrado por Obispo del lugar
 do D. Geronimo, vuestro Capellan, para honra y glo-
 ria de la Fé de Jesu Christo. Veni recobocimiento de
 Señorio remite á V. M. Mudó en granzienda de los giuena
 estos doscientos caballos, así riclumben en ja azido sob
 sup. Maravillatouse el Rey, y los circuestantes de
 tan impensadas y gloriosas conquistas, y atribuyen-
 dolas á disposicion Divina adieron nuevas sgnacias á
 Dios. El Rey hizo grande bestimacion del presente, y
 de que en su nombre, movido solo de su gran fide-
 lidad, hubiese tomado posesion de Valencia. Alvar Fa-
 ñez reconociendo que el Rey le estaba desengañado de
 las falacias de los emulos, pasó á representarle, que
 Rodrigo del Vivar pedia por ancedo diese el lugar para
 llevar á Valencia á Doña Ximena y á sus hijas. Doñ
 Alonso, conociendo la grande lealtad del Cid, y satis-
 fecho de que en su corazon no habia de tener entada
 la soberania, ni el deseo de elebntarse con el Título
 de Rey de Valencia, no solo dió lugar para que Al-
 var Fañez llevase la familia, y sino que dió á entender,
 que le harian gusto en que los Soldados que quisiesen
 pasen á incorporarse en las compañías del Cid. Agra-
 decido el Rey, mandó á un Oficial suyo, que asistie-
 sen con lo necesario á Alvar Fañez, y á la familia de
 Rodrigo Diaz hasta el último término de sus domi-
 nios, y encargó á Alvar Fañez, que dixese al Cid

Que en hora buena fuese Señor de Valencia, de todo lo que habia ganado, y de lo que en adelante ganare, porque él solo se contentaba con el reconocimiento y fidelidad de su corazon.

Desde Palencia vinieron Alvar Fañez, y Martin Antolinez á Burgos, donde fueron recibidos con grandes aclamaciones de los paisanos, y fueron muy agasajados de sus parientes. Satisfechos los Judios Raquel, y Bidas del emprestito que hicieron al Cid, Martin Antolinez desengañó á los Judios, que el mayor peso que tenían los cofres era de piedra y arena, de que se maravillaron, y conocieron la gran confianza que se podía tener de las palabras del Cid. Pasaron despues los Mensageros al Monasterio de Cardena, donde fue muy celebrada su venida, y entregaron al Santo Abad Sisebuto la limosna que enviaba el Cid. Doña Ximena, y sus hijas se alegraron mucho con las nuevas, y haber visto á Alvar Fañez, y Antolinez. Fueron hospedados dentro del Monasterio todo el tiempo que se retardó en disponer el viage de Doña Ximena y sus hijas, á quienes acompañaron setenta Caballeros, y otros muchos Soldados Castellanos, que determinaron pasar á Valencia á militar baxo la bandera del Cid. Todos fueron recibidos en la Ciudad con grande regocijo, y con muchas fiestas, que hicieron los Valencianos. Todas estas victorias, y las que despues ganó el Cid, atestiguan, que el Cielo le favorecia con especial

asistencia ; y manifiestan fue verdadera la aparicion de San Lazaro , y ciertas las palabras que le dió , de que no dudase acometer á sus contrarios quando sintiese el ardor y espiritu que habia experimentado en sueños. Y á no ser asi , se le podia arguir al Cid de temerario é imprudente en acometer á unos Exércitos tan quantiosos , é innumerables con su poca gente , de manera , que aun despues se vió obligado á pelear contra todo el poder de Africa , y le venció , como ahora veremos.

Pasados tres meses despues que el Cid tenia toda su familia en Valencia , tubo aviso , que habia aportado una grande Armada de Africanos , capitaneada del Rey Juceph Miramolin de Marruecos , con animo de quitarle á Valencia. Informado Rodrigo Diaz , que venian contra él cincuenta mil de á Caballo , y tantos de á pie , que por ser muchos no se ponen en número , hizo guarnecer los Castillos , y meter en ellos las prevenciones necesarias. Juntó la gente de los Moros vasallos , de quienes tenia mas satisfaccion , y llamó á los Cristianos , y les dixo : *Es amigos , y parientes , no ignorais los especiales favores , que hemos recibido de Dios , no hay que desconfiar , que Dios nunca se cansa de ayudar á los que toman en su nombre , y por su honra las armas. Un soberbio Exército de Africanos viene contra nosotros ; pero no hay que temer si militamos por defender nuestra Santa Ley.* Como todos los Soldados Castellanos

eran escogidos, y animosos, á una voz respondieron, que estaban prontos hasta vencer ó morir por la Ley de Jesu Christo su Redentor. O Católicos y esforzados Soldados de la verdadera Ley! Parece que al Cid no le daba mucho Ycuidado, que tanta Morisma se hubiese conjurado contra él, pues viendo que se habian puesto tantos millares de Moros en la Vega de Valencia, por notar los ademanes que Doña Ximena, y sus hijas harian como mugeres, hizo que subiesen á la torre mas alta del Alcazar, para que se asombrasen en mirar el Ejército, y en oír la algazara y ruido de tambores, con que acostumbran caminar los Moros. Atemorizaronse las Señoras, y dixolas el Cid, que no tenian que temer, porque *á mas Moros mas ganancia*; las quales palabras quedaron en España por refran Castellano. Estando en esto reparó el Cid, que unos Moros se desmandaron, y entraron en las huertas: llamó á Alvaro Salvadores, y le dió orden, para que saliese á ellos con doscientos caballos. Salió contra ellos, y los acometieron tan de recio á vista de Doña Ximena y las hijas, que los hicieron salir mas que de paso, y los fueron siguiendo hasta meterlos en sus tiendas, matando y golpeando á muchos. Alvaro Salvadores, por haber picado con viveza el caballo, se metió tan adentro, que fue preso por los Moros, sin que alguno de los suyos le pudiese valer.

Otro dia el Cid hizo juntar quantos Soldados

tenia, y les propuso las razones que habia, para que defendiesen con gran valor la Ciudad; y por reconocer que la industria ha vencido mas victorias que la fuerza, y que en la ocasion presente, por estar el enemigo de bando mayor, convenia discurrir como vencer al Africano con arte, y estratagemas militares, propuso Alvar Fañez salir de noche con trescientos caballos y ponerse en celada en el valle de Albufera; y salir al tiempo de lo mas recio de la batalla entrando por un costado de los enemigos. Pareció al Cid bien la estratagemas de Alvar Fañez, y mandó que la executase. Por la tarde dió orden el devoto Cid para que todos se previniesen, y que al oír la señal acudiesen los Cristianos á disponerse con los Sacramentos de la Penitencia, y Sagrada Comunión. El Obispo cantó la Misa en la Iglesia de San Pedro; y deseando este grande Prelado pelear por la Fe de Jesu-Christo pidió al Cid que dexase ir en la vanguardia. Comenzaron á salir por la puerta de la Culebra, llevando la vandera Pedro Bermúdez, y antes de ser de dia salieron de la estrechez de las huertas. Quando los Africanos vieron á los Valencianos en el campo, procuraron armarse y ponerse en forma á toda priesa. El Cid y el Obispo á su lado dieron de manera sobre los enemigos, que el Campeador con su grande arte desordenó pronto los primeros esquadrones, dexando á muchos sin vida. Los Moros como eran tantos, iban cercando á los nuestros; pero el Cid,

apellidando á Santiago procuró esforzar á los suyos. En esto salió Alvar-Fañez para acometerlos por el costado. Los Moros al verlos juzgaron que nuevo Exército daba tras ellos, con que aturdidos comenzaron á huir; y los Cristianos, cobrando nuevo ánimo, fueron en seguimiento hasta el Castillo de Torrovera. Marchó el Cid tambien en el seguimiento, y dando alcance al Rey Juceph, le sacudió tres golpes, segun dice la Historia General, pero libróse de la muerte por haberse cansado el Caballo Babieca del Cid. La victoria fue tan gloriosa, que de los cincuenta mil Caballeros Moros, solo quince mil que se embarcaron en las naves, volvieron á su tierra. Juceph salió tan quebrantado de la batalla, que no le quedaron brios para volver otra vez á España.

Vencida la pelea, los nuestros volvieron á recoger el sueldo de la victoria, que fue tanto, que no se halló tasa á su mucho precio y estimacion; y sin duda que fue mucha la riqueza que fue hallada en el campo; porque el Moro trajo mas vanderas en su Exército, que Caballeros tenia el Exército del Cid. Hallaron preso en la tienda del Rey Juceph á Alvaro Salvadores, de que se alegraron mucho los Castellanos, y en la misma tienda se encontró el escaño de marfil con la espada que llaman la Tizona. Luego el Cid lo primero que mandó á sus Soldados fue, que diesen gracias á Dios, y á su Santissima Madre, que les hubiese favorecido tanto en tan gloriosa victoria,

que á no ser por su favor y patrocinio, hallaba por imposible el vencer á tan innumerable Morisma. Despues procuró el Cid hacer participante á su Rey de lo que ganaba con su sudor, como si hubiera sido el vasallo mas favorecido. Determinó, que Alvar Fañez, y Pedro Bermudez viniesen á Castilla, y que tragesen á Don Alonso trescientos caballos ricamente enjaezados, y pendientes de los arzones otros tantos alfanges Moriscos. Tomaron el camino de Valladolid, donde estaba el Rey Don Alonso, y este, noticioso del presente que le enviaba el Cid, envió á decir á los Mensageros, que no entrasen en la Ciudad hasta otro dia, porque gustaba de verlos en el campo. Salió el Rey acompañado de la Nobleza. Alvar Fañez, y Pedro Bermudez, al ver al Rey, se apearon luego, mas el Rey les envió á decir, que volviesen luego á montar, que deseaba verlos á caballo. Pasaron primero delante del Rey los trescientos caballos, que llevaban de la rienda otros tantos Donceles. A estos se seguian los pages de los Caballeros puestos en sus caballos, y con las armas en las manos, y despues Alvar Fañez, y Pedro Bermudez asistidos de sus Compañías, y en el último lugar doscientos Soldados con sus picas levantadas.

Habiendo tenido el Rey el gusto que se dexa entender en verlos caminar en esta forma se apearon Alvar Fañez, y Pedro Bermudez, y besaron la mano á su Magestad en nombre del Cid, y comenzaron á

referirle la maravillosa victoria, que habia conseguido del Miramolin de Marruecos, y que del quinto que le habia tocado remitia los trescientos caballos en la forma que habian pasado. Viendo Alvar Fañez, que el Rey se hubiese conseguido tan gloriosa batalla, y que hacia grande aprecio del presente que le enviaba, considerando que en enviárselo no habia lugar á discurrir otro motivo, que el de su grande fidelidad, pues ya tenia en Valencia toda su familia, dixo Alvar Fañez: Señor, aun os remite la rica tienda que dexó en el campo el Rey Juçepi. El Rey mandó, que la descogiesen y armasen, y habiendola visto por fuera, se apeó del caballo para verla por dentro. Alabóla mucho, y volvió á dar muestras de que estaba muy agradecido del Cid, dando orden, que aposentasen á Alvar Fañez, y Pedro Bermudez con todo regalo y asistencia, hasta volver á Valencia.

CAPITULO VII.

Casamiento de las Hijas del Cid con los Infantes de Garijon, y despues con los Infantes de Navarra y Aragon, con todos los sucesos acontecidos con aquellos.

El Rey Bucar tomó por empeño el vengar el descrédito de la batalla pasada, tomando tan á pecho esta empresa, que procuró juntar quantos Pria-

cipés, y Soldados pudo sacar de todos los dominios
 de su hermano Joseph, Miramolin de Africa. Jun-
 taronse (según dice Giliberto, Historiador de los Re-
 yes Moros de Africa) veinte y nueve Reyes, sin los
 Capitanes que venian en el Exército. Junta esta sober-
 bia Armada, desembarcó en la Playa de Valencia. Sa-
 bedor el Cid del aparato grande con que venia el Rey
 Bucar, procuró prevenir su gente para triunfar del
 Moro. Habiendo llegado al campo que llaman del
 Quarto, hicieron en él su asiento, y acamparon en el
 cinco millerías de senda, y otra milla de las azules, y
 dos particulares. Desde el Quarto envió el Moro al
 al Cid un Mensagero llamado James ben Ojem sup-
 que entrase, y el Moro al ver que Rodrigo Diaz sup-
 en su asiento, quedó tan asombrado, que no pudo ha-
 no pudo hablar palabra. Habia Dios puesto en el
 tal severidad contra los Moros, que á la palabra de
 y quando se ponía severo á todos. Mexabáspadín
 Cid. Muñó el Cid de semejante, y desbio, y
 pusiose las razones de su Embaxata. Dixo: La
 « Señor Cid Campeador, el Rey Bucar me dice que
 « que le tenéis muy enojado, porque le es de algunos, y
 « que habia sido de sus Abuelos; y por que yo he
 « á su hermano el Rey Joseph, que se llama el
 « del Quarto con veinte y nueve Reyes, y
 « ganza, y recobrar su Reyno de Valencia, y
 « y de vuestros Soldados. Mas por que tie-
 « sois Caballero discreto, y atento, y de

„con que le dexeis á Valencia, y que asegura daros paso
 „franco, para que podais caminar á Castilla con vues-
 „tros Soldados, bienes, y hacienda; y que si no lo eje-
 „cutais asi, hará en vos tal escarmiento, que quede por
 „probervio entre los Cristianos el castigo.”

Mucho sintió el Cid los fueros, y amenazas del Moro; pero sin explicar el menor susto, volviendo á ponerse severo, le dixo: „Andad, y no os detengais. „Decid á vuestro amo, que he comprado á Valencia á „costa de mucho sudor mio, de mis nobles Caballeros y „mis esforzados Soldados; y que quien la supo ganar, „la sabrá tambien defender; y añadid, que no esperaré „á que me defiendan las paredes, y torres de los muros, „que quando vuestro amo no quisiere pelear, yo saldré „á buscarle al campo; porque no me han acobardado, ni „me acobardarán quantos turbantes puedan venir de la „Morisma. Andad, y no me volvais otra vez con seme- „jante Embaxada.” Maravillóse el Rey Bucar de la res- puesta, y trató de pasar á poner el sitio á la Ciudad.

El Cid trató de disponer su gente para salir al campo otro dia de madrugada. Habiendo confesado y comulgado los cristianos, como acostumbraba el devoto Rodrigo Diaz ejecutasen todos antes de entrar en las batallas, antes de rayar el Alva salieron de Valencia á encontrarse con los enemigos. Ya á vista de los Moros compuso su Ejército en esta forma: Fió la Vanguardia de Albar Fañez asistido de quinientos caballos, y mil y quinientos peones, y en la diestra pu-

so á Martin Antolinez , y á Alvaro Salvadores con otros tantos de á caballo y de á pie. En la izquierda (de que no hace mencion la Cronica manuscrita del Cid) puso al Obispo Don Geronimo , como dice la Historia General , con seiscientos Caballeros , y mil y seiscientos Infantes ; y el Cid , acompañado de los Infantes de Carrion (que habian pasado á militar debajo de la vandera del Campeador , y con animo de pedirle sus hijas por esposas) asistidos de mil Caballeros armados de cota de malla , y de dos mil y quinientos Infantes.

Dispuesto el Ejército de esta forma se enderezó al Ejército de los Moros , y dando sobre ellos por diferentes partes , sobre estar los Moros desordenados los enredó de modo , que hizo que unos á otros se enredarazasen y confundiesen. El Cid , como gran maestro en el Arte Militar , ponía gran cuidado en desquadronar , y confundir al Ejército enemigo. Al ver el Cid desordenadas las primeras lineas , acudió á la parte que mas habia perdido el tino , en la qual hizo tal destrozo , que comenzaron algunos á volver las espaldas : pero como eran tantos , prosiguieron otros con la batalla , que duró hasta las tres de la tarde : pero por ultimo venció el Cid. Fueron los nuestros en su seguimiento , y alcanzando el Campeador á ver al Rey Bucar , picó su caballo con animo de alcanzarle : mas no pudiendo , al entrar en el bajel le tiró la espada , con que le hirió en las espaldas ;

no Moriron en esta batalla muchos de los nuestros; pero
 por la gran cantidad de ellos muchos mas los que
 habian en el Exército enemigo. La Historia General
 no señala como número de la Cruzada que el Cid llegó a con-
 ter diez y siete mil; y otros dicen que fue la suya muchos mil
 los que se uenieron en la retirada; y otros dicen que
 cada uno de ellos muchos que tenian el peso de los casti-
 gnos. De otra parte y, no ve que se le atribuya el ser ex-
 cepto de los Obispos de Palencia. De otro lado se le atribuye
 alegando los Anales escritos en la que el Obispo que escri-
 blaban de esta batalla, dice, que murieron más de
 treinta mil Moros, sin contar los que fueron llevados
 y otros muchos que quedaron cautivos. Los des-
 pojos fueron muchos, y muy ricos, como se puede
 bien ver en el Cid al Rey D. Alonso, obispo que
 siempre miraba como a su Príncipe Soberano. En
 esta batalla quedaron los Moros tan escarmentados
 que hasta después de mucho tiempo no se atrevieron
 inquietar a los Cristianos, y gozó desde entonces en paz de la
 Ciudad de Valencia, dándose todo a su buen gobierno.
 No se a desmoronarse en las cosas de Dios, y de sus
 Iglesias no nos ingiere, como en este caso se ha
 100. Estando ya todo asegurado los Infantes de la Car-
 rion, para emprender su pretensión, se valieron del
 Rey D. Alonso, para que les otorgase el Cid.
 Pensó en el Rey, y les dijo que sus intentos más
 eran para tratarlos como Rodrigo Díaz de Vivar, por
 no conocian su entereza; si así como, me dicité a vus de

vuestros deseos, y le enviaré á decir, que se vea conmigo en Toledo. El Cid informado de los Mensajeros, les preguntó: Qué les parecia? Respondieron, que en el caso no podian dar consejo; que como padre executase lo que le pareciese mas conveniente; con que dixo el Cid: » Los Infantes de Carrion son homes » Fijos dalgo, é muy lozanos, é nun mucho parientes, é » por ende me placera. »

Dispuso luego el pasar á Toledo, donde el Rey le esperaba, y avisado este de que el Cid estaba cerca, le salió á recibir, y luego que vió al Rey Rodrigo Diaz, se apeó de su caballo, y se echó al suelo para besarle los pies; que tan humilde era este grande hombre, que veneraba á su Monarca, con mucho y cristiano rendimiento. El Rey le dijo, levántate Cid, que no me gusta que me beses los pies. Instaba el Cid, pero el Rey alargando la mano, dixo: Besad solo la mano, y así os recibiré en mi amistad. Señor respondió el Cid, otorgadme vuestro amor, y de modo, que todos los presentes lo lleguen á entender, de que todos se alegraron excepto el Conde Garcia Ordoñez y Alvaro Diaz, que eran sus enemigos. I

El Rey llevó al Cid á Palacio, y le tuvo aquel dia por huésped. Al dia siguiente llamó el Rey al Cid, y leixo: » Rodrigo Diaz, por dos cosas os he llamado » La primera para veros, porque hago de vuestra persona mucha estimacion, y os agradezco los singulares servicios que me habeis hecho, » La segunda para que me digais, si hay algun vicio que me habeis hecho, que yo lo corrija únicamente de

«vuestro honrado proceder : la segunda es, porque deseo
 «acomodar á vuestras hijas con los Infantes de Carrion,
 «en que parece, que no van á perder nada, pues son de
 «igual calidad. Respondió el Cid : Yo soy su Padre,
 «Vuestra Magestad es Señor, y Rey ; mas ellas, y yo
 «estamos rendidos á vuestras órdenes ; y asi el gusto de
 «vuestra Magestad será el nuestro.» Al oír el Rey la
 respuesta, mandó á los Infantes, que fuesen á besar la
 mano á Rodrigo Diaz. Dixo asimismo á Alvar Fañez,
 que en su nombre hiciese la funcion de Padrino, y
 ofreció trescientos marcos de plata para los gastos.
 Hechos los conciertos, y el Cid habiendo presentado
 al Rey treinta caballos enjaezados ricamente, se vol-
 vió á Valencia con los Infantes, donde se casaron, ha-
 biendo tenido unas magnificas fiestas : y á los Caba-
 lleros, á quienes habia sacado el Cid licencia de Don
 Alonso, para que pasasen á verlas, al despedirse del
 Cid para volverse á Castilla, los agasajó con ricos
 presentes.

A los dos años que los Infantes estaban en Valen-
 cia, sucedió, que estando el Cid reposando la siesta,
 se soltó un Leon de la Leonera, y subió donde esta-
 ban los Señores. Al verle suelto se asustaron todos. El
 Infante Don Diego procuró esconderse detras del es-
 trado donde el Cid tenia su asiento, y el Infante Don
 Fernando se retiró huyendo detras de la viga que ser-
 via de prensa del Lagar. Los Caballeros acudieron al
 cuarto donde reposaba el Cid. Despertó al ruido, y

al preguntár la causa de haber entrado á su quarto, ó aposento, respondieron: Señor, el Leon se ha salido de la red de hierro, y nos ha puesto en gran susto. Levantóse el Cid, y encerró al Leon en la jaula en que le habían criado. Preguntó por los yernos; pero aunque oyeron que los llamaban, de miedo no se dieron por entendidos, ni hubieran salido fuera, sino les hubiera asegurado, que ya estaba cerrado el Leon.

Quando vieron que salian perdido el color del susto, los Caballeros comenzaron á darles chasco por el valor que habían mostrado al ver el Leon, el Cid se puso de parte de los Infantes; pero no por eso dexaron de sospechar, que se discurrió la soltura del Leon para zumbarse de ellos, de que recibieron grande sentimiento. Disimularon por entonces, hasta que ya pasados algunos meses pidieron licencia al Cid para marchar con sus mugeres á Carrion. Concedióselo Rodrigo Diaz, habiéndolos regalado con preciosas alhajas de vestidos de oro, y plata, con una rica bajilla, y muy alentados caballos. Salióles á despedir el Cid, acompañado de sus principales Caballeros; pero habiendo reconocido, que el genio de los Infantes no correspondia á su nobleza, encargó á Feliz Muñoz, que fuese acompañando á los Infantes hasta Carrion, y que notase como se portaban con sus hijas.

Habiendo pasado por Albarracin, y Medina-Coeli, y tomando el camino que está entre Atienza, y San Estevan de Gormaz, llegaron al Robledo de

Corpes, donde hicieron noche. Otro dia dieron orden á la Compañia, que marchase adelante, y quedándose los Infantes con sus mugeres las desnudaron, las ajaron, y golpearon de modo que las dexaron como muertas. Feliz Muñoz entró en sospecha, que los Infantes no se habian quedado por bien en la posada de Robledo, con que dió la vuelta algo apartado del camino, y de modo, que llegó á percibir que se iban alabando de los desafueros que habian executado en las hijas del Cid. Felix Muñoz los dexó pasar adelante, y se dirigió á la posada donde quedaban sus primas. Al verlas tan afligidas procuró consolarlas, y animarlas para marchar luego de alli, temeroso de que echándole menos en la compañía que iba adelante, diesen la vuelta, y pasasen á executar otra accion peor. Las Señoras se esforzaron de modo que otro dia llegaron por camino extraviado á la Torre de Doña Urraca, que estaba en la ribera del Duero. Dexando á sus primas alli, marchó á San Estevan de Gotimaz, donde vivia Diego Tellez, Vasallo que habia sido de Alvar Fañez, y contóle el fracaso que le habia sucedido con las hijas del Cid.

Luego al punto dispuso vestido, y caballerias, con que fueron los dos á la Torre de Doña Urraca, y las trajeron á San Estevan, y la gente principal las salió á recibir, agasajándolas con quanto necesitaron. Divulgóse el suceso de modo por toda la tierra, que en breve tiempo llegó á oidos de Don Alonso, de

que recibió gran pesar. No tardó en llegar la noticia á Valencia, y el Cid, que lo sintió mucho, protestó que los Infantes no se habían de alabar de la acción. Despachó luego á Alvar Fañez, á Pedro Bermúdez, y á Martín Antolínez con doscientos caballos, para que se trajesen á sus hijas. Llegaron á San Estevan, y hallaron á sus primas ya buenas y sanas. Alvar Fañez dió las gracias á los de San Estevan por la urbanidad con que se habían portado. Otro día tomaron el camino para Valencia, y estando ya cerca de la Ciudad, salió el Cid á recibirlas, y luego que las vió las consoló, diciéndolas que por su cuenta corria la satisfacción de las injurias que habían recibido de los Infantes de Carrion.

Envió pronto el Cid á Nuño Gustios á Castilla á informar al Rey Don Alonso del hecho, diciéndole, que no correria tanto por cuenta suya el desagravio, aunque era padre, quanto por la de su Magestad. A que respondió el Rey, que estaba resuelto á juntar Cortes en Toledo, y hacer que concurrieran á ellas los Infantes, para que se viese, y sentenciase la causa. Terminadas las Cortes, y sentenciados los Infantes á devolver las alhajas y dineros al Cid que les habia dado, este les retó por la alevosia que executaron en maltratar, y desamparar á sus hijas. El Rey admitió el desafio, decretando que Pedro Bermúdez, y Martín Antolínez saliesen al campo con los Infantes. El mismo Rey Don Alonso por su persona introdujo en el campo como

padrino á los Caballeros del Campeador, y los Infantes entraron en él asistidos de los parientes y amigos. Empezóse la lid, y habiendo lidiado unos y otros con grande valor, al fin, viendose muy mal heridos, y maltratados los Infantes, se dieron por vencidos. Concluida la batalla entró el Rey acompañado de muchos Nobles, y preguntó á los Jueces, si los Caballeros del Cid habian ganado el campo? Respondieron que habian vencido como Soldados instruidos por el celebre Campeador. Viendo el Rey que todos á una voz decian lo mismo, declaró por alevosos, infames, de poca honra á los Infantes, y mandó á su Mayordomo, que los despojase de los caballos y armas, y á los Caballeros del Cid despachó muy agasajados para Valencia, asistidos de sus Soldados, hasta ponerlos fuera de sus dominios, para que no hiciesen los parientes, y amigos de los Infantes con ellos alguna ruindad. Esto es en suma lo que trae la Historia general, la de Vivar, y la Cronica del Cid.

Quando el Rey Don Alonso estaba decretando el desafio, y que Pedro Bermudez, y Martin Antolinez saliesen al campo con los Infantes, llegaron dos Caballeros, llamados Ochoa Perez, y Iñigo Ximenez en nombre del Infante de Navarra, y del Infante de Aragon, á pedir por mugeres á las hijas del Cid. Celebróse con grande regocijo esta Embaxada en Toledo; y con gran gusto del Rey D. Alonso, del Cid, y de otras Señores se otorgó quanto en ella se pedia, porque

Rodrigo Díaz había baxado á Toledo á poner su queja, y á hacer el reto. Causarán novedad estos segundos casamientos; pero atendiendo á los muchos repudios matrimoniales que ocurrían en aquellos tiempos, según lo expresa Berganza, defendien lo este caso, no hay dificultad. Además que dice como el Obispo D. Geronimo, informado de que los Infantes, y las hijas del Cid eran parientes por parte de las madres, pudo declarar por nullos semejantes casamientos. Asistió el Rey D. Alonso, y el Cid á la lid, y preguntando este al Rey, que donde gustaba, que él y sus Caballeros tomasen asiento, respondió D. Alonso: «Son tan grandes
» vuestros méritos Rodrigo Díaz, que convenia que los dos
» tubiesemos un asiento; porque el que vence Reyes, con
» los Reyes se debe sentar, y así determinó que en adelante
» nuestro asiento esté contiguo é inmediato al trono Real.»

Los Infantes de Carrion viendose deshonrados se retiraron á Asturias, y en un castillo que les dió un pariente suyo acabaron sus dias.

CAPITULO VIII.

Tiene el Cid aviso del Cielo de su muerte, y como vence ya muerto un Ejército de treinta y seis Reyes, y despues traen su cuerpo para darle sepultura á Cardaña, donde hoy permanece con su Esposa Doña Ximena.

Vuelto el Cid á Valencia, y casadas ya sus hijas con los Infantes de Navarra, y Aragon, pro-

curó en quanto le daban los enemigos lugar, servir á su Dios, y mantener en paz sus Estados por medio de sus mas confidentes Capitanes. Pasados cinco años despues que ganó á Valencia, tubo aviso de que el Rey Bucar sentido de las derrotas pasadas ponía todo esfuerzo en juntar quanta gente podia del Africa, principalmente de la Berberia, que comprehende los seis Reynos de Barca, Tripoli, Tunez, Argel, Fez, y Marruecos. Habiéndose certificado, que estaba ya para embarcarse el Moro, dió orden que quantos Moros habia en Valencia saliesen á vivir en el Alcudia. Desvelado una noche el Cid sobre discurrir que medios pondria para vencer el Africano, vió una gran claridad, y percibió en ella un maravilloso olor, y en medio del resplandor se le apareció una persona de aspecto venerable, de cabello crespo, de vestiduras blancas, y que tenia unas llaves en la mano, quien le dixo que era Pedro, Principe de los Apostoles; mas que le venia á avisar, no de lo que pensaba sobre vencer al Rey Bucar, sino que dentro de treinta dias habia de pasar de esta vida á la eterna. Dixo tambien el Sagrado Apostol: Hagote saber, como tu gente vencerá al Rey Bucar despues de tu muerte por honra de tu cuerpo, y los tuyos alcanzarán esta victoria con favor de Santiago Apostol; y asi tu trata de hacer penitencia de tus pecados, para conseguir la salud eterna, que Jesu Christo te concede por mi intercesion, y por lo mucho que me has honrado en el Monasterio de Cardeña. Al oír

el Cid á San Pedro, se iba á arrojar de la cama, para besar los pies al Santo Apostol, á que no dió lugar el Santo; porque habiendo vuelto á asegurarle de lo dicho, se desapareció, dexando en el Palacio señales de celestial aparicion. Hasta aqui el ingenioso Historiador Berganza en su Historia de las antigüedades de España.

Prosigue el mismo Autor con lo acontecido despues. Asegurado Rodrigo Diaz de que era muy cierta la aparicion, mandó llamar por la mañana á las principales personas del Alcazar, y con lagrimas de devocion, y palabras de grande afecto les dixo: Parientes y amigos mios, muy leales y honrados, bien sabeis, como el Rey Don Alonso me desterró repetidas veces, y los mas de vosotros de vuestra bella gracia me habeis acompañado y favorecido, defendiendo mi persona. Dios por su grande misericordia ha mirado por nosotros, y nos ha dado valor para vencer muchas batallas de Moros. Conozco, que me ayudasteis á ganar y mantener á Valencia; pero sin embargo, deseo que esta Ciudad no reconozca á otro Señor que D. Alonso, mi Rey natural. Hallome ya en los últimos dias de mi vida. Siete noches ha, que en sueños se me representan mi padre Diego Laynez, y mi hijo Diego Rodriguez, y me dicen que he vivido bastante tiempo en este mundo, y que ya es hora de ir á la Corte Celestial. No diera credito á estos sueños, si por otra parte no estuviera certificado; y así os digo que en

esta noche el Apostol San Pedro me aseguró, que habia de morir dentro de treinta dias. No ignorais, que el Rey Bucar viene contra Valencia armado de un innumerable Ejército capitaneado de treinta y seis Reyes Moros. Mirad si os hallais con animo de defender á Valencia, y con valor para pelear contra tan poderoso enemigo: pero no temais, que yo os informaré del modo como vencereis, y conseguireis grande honra, segun me dixo mi Abogado el Santo Apostol.

Sintióse ya el Cid indispuerto: dió orden, que cerrasen todas las puertas de la Ciudad para ir á la Iglesia de San Pedro en compañía del Obispo D. Gerónimo, y de los demás principales Caballeros, para despedirse publicamente de todos. Hallándose ya en la Iglesia, estando en pie les dixo: » Parientes, y amigos míos, » bien sabeis, que la muerte es tributo que todos hemos de pagar; y asi os digo que ya me están executando por él. Tambien os digo, que mi cuerpo nunca fue vencido, ni vilipendiado por especial favor del » Cielo, y asi os encargo que le defendais, quando le » viereis muerto, del modo y forma que os dirán el Obispo Don Gerónimo, Alvar Fañez, y Pedro Bermudez. » Habiendo dicho esto se retiró con el Obispo D. Gerónimo, y puesto de rodillas, se confesó generalmente de todos sus excesos y pecados. Hecha la Confesion se despidió de todos con demostracion del grande afecto que les tenia, y se retiró al Alcazar (estaba este donde el Marques de Moya tiene hoy su Palacio)

y se echó en la cama de donde no se volvió á levantar.

El día antes que muriese mandó el Cid llamar al Obispo Don Geronimo , á Doña Ximena , Alvar Fañez , Pedro Bermudez y á Gil Diaz , para prevenirles como habian de lavar , ungir , y embalsamar su cuerpo , y explicó , dando muchas gracias á Dios , que estaba en inteligencia de que tenia limpio el interior de su alma , para recibir el cuerpo de Christo por Viatico en el día en que habia de morir. Encargó mucho á Doña Ximena , y á las demás Señoras de Palacio , que de ningun modo hiciesen demostraciones exteriores de sentimiento ; antes bien que en el día que llegase el enemigo á poner sitio á la Ciudad , subiesen quantas personas pudiesen á las murallas , y se mostrasen alegres , y festivas. En el ultimo día por la mañana el Obispo , Doña Ximena , y los demás de su mayor confianza , acudieron á visitar al Cid , que considerandose en el día final de su vida , dispuso su Testamento , en que hizo grandes mandas á Iglesias , y Hospitales. Llegada la hora de Sexta (que es á las doce del día) pidió al Obispo le traxese el Sacramento de la Eucaristia , que recibió muy devoto puesto de rodillas fuera de la cama , y derramando muchas lagrimas. Volvieronle á la cama ; y en ella implorando el auxilio de Dios , Maria Santísima , y la intercesion de San Pedro , dixo esta Oracion : » Señor Jesu-Christo , » tuyo es el Poder , el Querer y Saber ; tuyos son los » Reynos , porque tu eres sobre todos los Reyes , y sobre

»todas las gentes; yo Señor pidote por merced, que la mi
»alma sea puesta en la luz eterna.» Al acabar de pro-
nunciar estas palabras, entregó su alma sin mancilla
al Criador.

A los tres días que era muerto el Cid, llegó el
Rey Bucar al Puerto de Valencia, acompañado de
treinta y seis Reyes, y de innumerable Ejército. En el
venía una Mora Negra, asistida de doscientos Moros
de su Region. Mando luego el Rey Bucar, que pasa-
sen a sentar en la circunferencia de la Ciudad las tien-
das, que cumplian el número de quince mil, y dió
orden que la Mora con su compañía se arrimase á los
muros. Otro dia comenzaron á combatir la Ciudad,
y prosiguieron con grande esfuerzo por espacio de
ocho días, en que fueron muertos muchos Moros.
Viendo el Rey Bucar, que no salia el Cid como so-
lia luego que se veia cercado, sospecharon todos, que
estaba ocupado del miedo; con que determinaron le-
vantar partidas para el asalto.

Habiendo los Cristianos hecho las prevenciones
necesarias para venirse á Castilla, Gil Diaz dispuesto
el cadaver del Cid en la forma que dexó ordenado; es
á saber, de medio cuerpo arriba hasta la garganta en-
tre dos tablas concabas muy ajustadas, y aseguradas
á la silla del caballo, de modo, que no pudiese do-
blarse á una, y otra parte: á el amanecer comenzaron
á salir los Cristianos por la puerta de la Ciudad en
esta forma: Salió primero Pedro Bermudez, como

Alferez, acompañado de quinientos Caballeros valerosos, que iban abriendo el camino á las acemilas, que llevaban lo mas precioso que habian adquirido con su valor. Seguianse otros quinientos Caballeros delante de Doña Ximena, y su familia, y otros seiscientos, que guardaban las espaldas. Despues iba el Cadaver del Cid armado, en su caballo con el brazo levantado empuñando la espada Tizona, los ojos abiertos, y el color del rostro tan fresco, como si estuviera vivo, y á sus lados el Obispo Don Geronimo, y Gil Diaz, y estos en medio de los cien Caballeros mas esforzados. Luego que los Moros descubrieron á el Cid, aunque de lejos, sin notar si era muerto ó vivo, fue tal el miedo que cobraron, que atropellándose los unos á los otros empezaron á desvaratarse, y desunirse.

Ya que el dia habia esclarecido, Alvar Fañez, dispuestos sus Esquadrones, y dexando en salvo el cadaver, y la familia del Cid, acometió á las tiendas de la Mora Negra, en que hizo tal estrago, que del primer impetu dexó muertos ciento y cincuenta Moros. Esta Mora era tan diestra en arrojar saetas con el Arco turquesco, que la llamaban «Megemia turia», que quiere decir: «Estrella de los Arqueros de Turquía.» Esta Mora hizo algun daño en los Cristianos; pero costola la vida. Los demas Moros de la compañía aturdidos, comenzaron á huir ácia la mar, llevando tras si otros. El Rey Bucar, y los demás Reyezuelos, sin saber lo que les sucedia, al salir de las tiendas vieron que

venían de la parte del mar mas de sesenta mil Caballeros con uniformes blancos, y por Capitan de ellos un Caballero de grande estatura, con un Estandarte blanco en la mano izquierda, y en el la insignia de la Cruz colorada; y en la diestra una espada, que parecia de fuego, con lo qual dexó muertos muchos Moros.

Atemorizado el Rey Bucar volvió la rienda al caballo, y con él los suyos, y tras ellos los Soldados del Cid matando á quantos daban alcance. Dieronles tanta priesa á embarcarse, que murieron ahogados mas de veinte mil Moros, y entre ellos veinte y dos Reyes. El Rey Bucar con los que escaparon con vida marchó á Africa tan escarmentado, que no le volvió á dar gana de volver á Valencia. Alvar Fafez, con sus Soldados, volvieron al campo, donde hallaron tan preciosos despojos, que todos quedaron poderosos, y ricos. Esta victoria segun los mas graves Autores se consiguió milagrosamente en 11 de Junio dia de San Bernabé, un mes antes que los Christianos ganasen la Ciudad Santa de Jerusalén. Y habiendo escogido las mas preciosas alhajas, dieron la vuelta ácia donde iba el Cid, y su Comitiva, que yendo á su paso regular, esperaron dos leguas de Valencia.

Al llegar á Salvacañete dieron aviso de la muerte del Cid, y de las disposiciones con que le traian, al Rey Don Alonso, á los yernos Principes de Aragon, y de Navarra, como tambien á otros parientes, y amigos, que luego que lo supieron salieron á varias

partes del camino á encontrarse con el Cid. A Osmia salió el Principe de Aragon, y su muger Doña Maria, con mucho acompañamiento, y demostraciones de sentimiento, con vestidos de luto. Y del mismo modo llegaron á San Estevan de Gormaz el Principe Don Ramiro de Navarra, con su muger Doña Elvira; mas Doña Ximena, como varonil, procuró templar el sentimiento de sus hijos, diciendoles, que su padre habia dexado dispuesto, que ninguno explicase pesares, y sentimientos por su muerte. Desde aqui todos juntos vinieron á San Pedro de Cardena, donde acudió mucha gente de toda Castilla, y Rioja, y todos se pasmaban que el cadaver del Cid tubiese el semblante tan terso como quando estaba vivo.

Al llegar el Cid á S. Cristoval de Ibeas, legua y media de Cardena, llegó el Rey D. Alonso, que venia á jornadas tiradas por hallarse en su entiero. Quando los Infantes de Aragon y Navarra supieron que llegaba cerca salieron á recibirle, y les mostró su grande sentimiento, dandoles, y dándose á si mismo el pesame. Caminaron, y juntos todos entraron en Cardena. Doña Ximena pidió al Rey, que no le enterrasen luego, supuesto estar embalsamado, y el color del rostro tan terso, y hermoso, para que le viesen todos. Concedióselo S. M. y mandó traer eblecaño de marfil, con que le habia regalado el Cid, y sentado en él, le pusieron al lado del Altar mayor encima de un tablado

dorado, y en él dibujadas las divisas del Rey de Castilla, de los Reyes de Navarra, y Aragon, y del Cid. Vistieron el cadaver de los ricos paños, que el Sultan de Persia regaló al Cid, viviendo, que era una Purpura muy rica, y habiéndole sentado le ciñeron la espada Tizona á la mano izquierda.

Despues de tres semanas, que se cumplieron en las Exequias con asistencia del Obispo Don Geronimo, y otros Señores Obispos, salieron de Cardena el Rey Don Alonso y los Principes de Navarra, y Aragon, llevando consigo los Caballeros del Cid. Quédaronse en el Monasterio Doña Ximena, el Obispo Don Geronimo, Alvar Fañez, y Pedro Bermudez, hasta haber dado cumplimiento al Testamento del Cid. Estubo el Cid de la manera que dispuso el Rey Don Alonso diez años á vista de la mucha gente que acudia á verle de muchas partes del Reyno; y habiendo empezado á corromperse la punta de la nariz, se dió orden para sepultarle en un nicho al lado del Altar Mayor. Se han hecho varias traslaciones de su cuerpo, mas por ultimo está hoy dia en un magnifico Sepulcro en medio de la hermosa Capilla de San Sisbuto, donde en sus paredes están los Panteones celebres de todos los parientes del Cid, que comprehenden los Reyes, y Grandes de Castilla, Leon, Aragon, y Navarra.

Doña Ximena pasó su viudez en Cardena en las mismas casas donde estuvo quando su marido salió últimamente desterrado de Castilla. Las Historias antiguas se arriman á que vivió Doña Ximena despues de muerto el Cid quatro años , y en este tiempo continuamente se estaba esta buena Señora en la Iglesia delante de su marido el Cid; hasta que saliendo de esta vida fue con él á gozar de los premios eternos en su dulce compañía , y hoy perseveran sus cuerpos juntos , como tan amantes en vida , y en muerte, en el referido Sepulcro.

F I N.

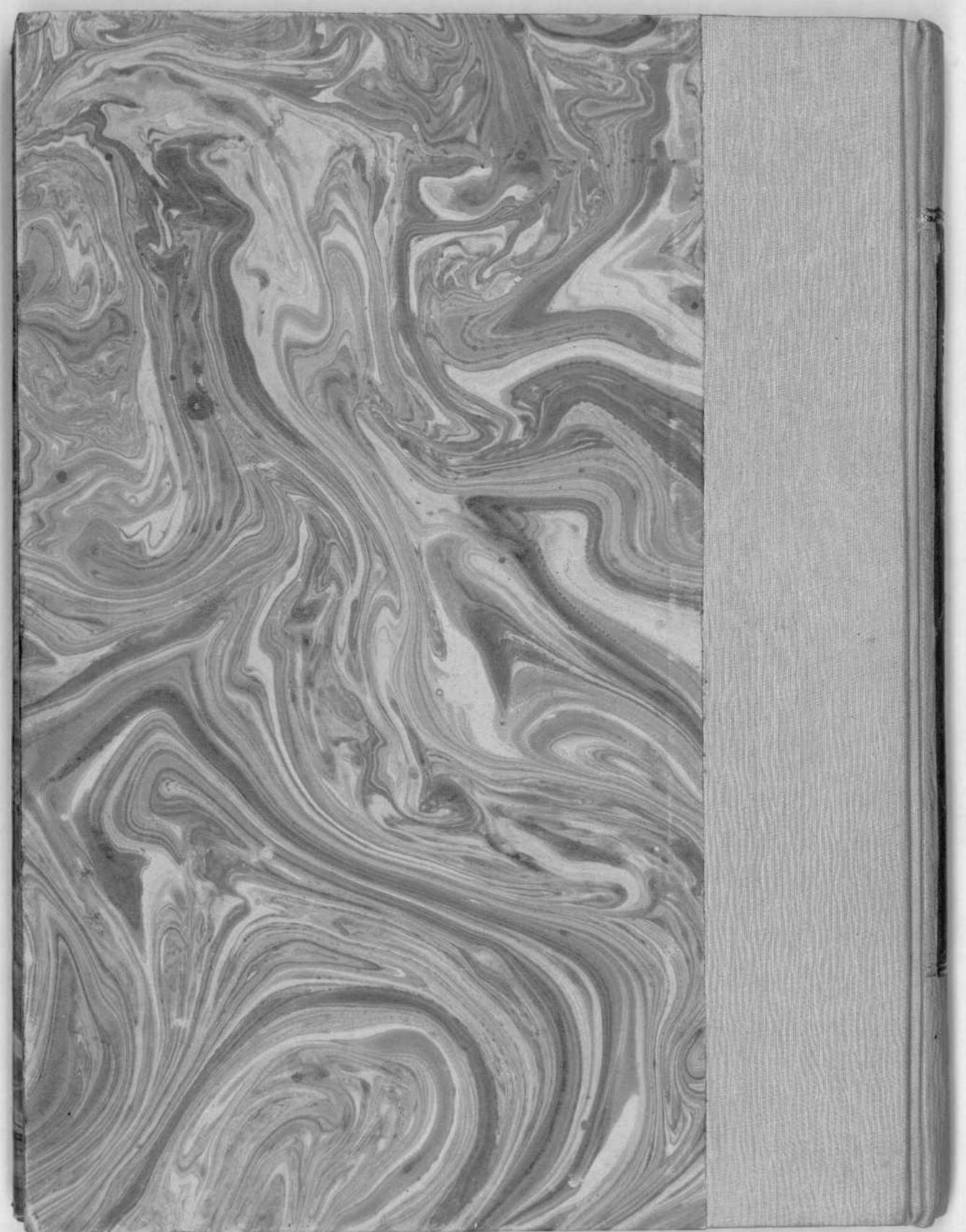


Doña Ximena pasó su vida en Cardena en las mismas casas donde estuvo cuando su marido salió últimamente desterrado de Castilla. Las horas antiguas se arman á que vivió Doña Ximena después de muerto el Cid quatro años, y en este tiempo continuamente se estaba esta buena Señora en la Iglesia delante de su marido el Cid; hasta que saliendo de esta vida fue con él á gozar de los premios eternos en su dulce compañía, y hoy perseveran sus cuerpos juntos, como tan amantes en vida, y en muerte, en el referido sepulcro.

F I N .







WISSTORIA DEL CID CAMPBELL